

Críticas

DE LA GHANJA, JOSÉ LUIS, YREIG TAPIA, ALBEHTO (eds.): *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia. Su vida y su obra*, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, Bilbao, 1993, 533 pp.

Hay profesores que labran su magisterio sobre el prestigio intelectual, lo cual es innegablemente bueno; otros se apoyan, además, en su fuerza moral, lo cual sigue siéndolo; otros, por fin, unen a las dos cualidades anteriores la calidad humana y atraen a su lado a quienes están dispuestos a aprovechar, a la vez, el saber acumulado y el modelo personal; éste es un privilegio que sólo algunos alcanzan. Tal es el caso de Manuel Tuñón de Lara, quien por la conjunción de esa triple fuerza, intelectual, moral y personal, ha generado, casi sin proponérselo, algo importante a su alrededor, algo de lo que debe sentirse sinceramente orgulloso.

A la altura de 1993 resultaba casi una obligación que la comunidad científica, que tanto debe a Manuel Tuñón de Lara en el campo historiográfico, devolviera a éste en forma de balance, casi de rendición de cuentas, todo lo que le adeuda. Esta fue la idea que animó en su día a los editores de esta obra, que ahora han culminado con éxito. Reunir a quienes colaboran en el libro no ha sido difícil por lo dicho más arriba. La disposición favorable ha sido total, pero, con todo, el proyecto había que idearlo, organizarlo y realizarlo, y José Luis de la Granja y Alberto Reig lo han hecho, y lo han hecho bien.

No cabe olvidar este mérito ahora que el libro está ya en la calle.

De entrada hay que advertir que no se trata de un libro-homenaje al uso, con la inclusión de una serie de trabajos en el que cada cual escribe sobre su especialidad. Un libro así ya existía para Tuñón: se hizo en Santander, en el marco de la UIMP, en 1981. El balance que se pretendía no era *a propósito* de Tuñón sino *sobre* Tuñón; por eso, este libro-homenaje se centra en su vida y en su obra.

Aunque los autores de la biografía que abre el volumen han renunciado a llamarla así, prefiriendo la denominación de «trayectoria vital e intelectual», la indagación de Granja y Reig sobre la vida de Tuñón es auténticamente exhaustiva. No es algo menor: conocíamos la obra y cosas dispersas de su vida; ahora conocemos al personaje en toda su dimensión. El libro, que empieza ahí, sigue con una serie de ensayos historiográficos sobre su obra, a la que se añaden algunas semblanzas, para concluir con una selección de sus últimos –y poco conocidos– textos, desde el año 1980 hasta la última clase que impartió el 16 de junio de 1991; el libro se cierra con una cronología extensa y una bibliografía casi exhaustiva que incluye sus artículos periodísticos.

La parte central, y más importante, de la obra está dedicada al análisis historiográfico, el cual se realiza –de acuerdo con lo que siempre ha propuesto Tuñón– acudiendo a la interdisciplinariedad. Así, hay historiadores de la Edad Moderna (Pérez), de la Contemporánea (Aróstegui, Pérez Ledesma, Cardona, Bahamonde), de historia de la prensa (Devois) y de la cultura (Aubert), historiadores económicos (García Delgado, Bernal, Viñas), de los movimientos sociales (Juliá), del Derecho (Tomás y Valiente, Elías Díaz) ... y hasta un Premio Nobel de literatura, Camilo José Cela, viejo amigo personal de Tuñón. Los editores han tenido el acierto de solicitar colaboraciones en las que pudieran aparecer tanto la labor más global de Tuñón de Lara (caso del trabajo de Aróstegui, analizando el marco general de sus principales aportaciones a la historiografía, su metodología, etc.) como aquella otra más sectorial en la que también ha destacado nuestro autor (así, Pérez Ledesma, centrándose en el movimiento obrero; Devois y Aubert, en la prensa y la cultura, respectivamente; Bernal, en la reforma agraria y la problemática del campo español; Corcuera, en las élites y los bloques de poder), y también algunos períodos significativos, como la II República, que estudia Juliá en una breve e interesante visión de la interpretación general de Tuñón sobre la Re-

pública, o la guerra civil y el franquismo, que aborda Cardona con acierto bibliográfico.

Si hay algo en común en todos los análisis que configuran el libro es el reconocimiento general de que Tuñón supuso en la historiografía española de los años sesenta la renovación necesaria que conectaba nuestra disciplina con las corrientes imperantes en su momento en Europa, especialmente en Francia. Tuñón inauguró un camino (que institucionalizó en los Coloquios de Pau) que otros prosiguieron. A partir de él, la historia en España adquiere unas dimensiones que antes no tenía y discurre por unas trayectorias inéditas hasta entonces.

Otro de los aspectos en que coinciden los analistas de la obra de Tuñón es que éste ha incidido en la renovación (casi fundación) historiográfica fundamentalmente a través de la reflexión teórica y metodológica, haciendo por el «oficio del historiador» (Juliá) algo que resultaba imprescindible, esto es, poner la disciplina en condiciones de trabajar científicamente mediante la aportación de categorías e instrumentos de análisis de los que carecía hasta entonces en España. Como acertadamente sostiene Julio Aróstegui, «prácticamente ninguna de las obras de investigación o de síntesis producidas por él dejan de contener pasajes en los que se enfrenta siempre con la reflexión conceptual e instrumental». Quienes tenemos la suerte de disfrutar de su cercanía, sabemos que esto es cierto igualmente en cualquier conversación con él: en efecto, con Tuñón no hay ningún tema de análisis que no acabe propiciando reflexiones de método o precisiones teóricas fundamentales. Y esto ha constituido un aspecto tan crucial de su magisterio que ha acabado convirtiendo a Tuñón en uno de los grandes maestros de la reflexión historiográfica en España. Jover, en su día, lo calificó como «el historiador español de nuestro tiempo que más fecunda y tenazmente ha abordado el problema de los métodos de la historia social contemporánea»; Aróstegui, hoy, sostiene que «tiene un puesto claro entre los escasos proyectos coherentes que han pretendido formular suficientemente una teoría de la historiografía y contribuir a la fijación metodológica de sus campos». Tuñón de Lara, ese marxista «inaugural» de la historiografía española, ampliamente influenciado por la primera generación de *Annales* y por el estructuralismo francés, abrió las puertas de la historia simultáneamente a la reflexión y a la investigación empírica: la contemporaneidad española de los siglos XIX y XX podía discurrir, desde entonces, por caminos científicos.

El estudio del movimiento obrero es central en la trayectoria personal de Tuñón, pero del mismo importa subrayar -como hace Pérez Ledesma- su aportación metodológica, destacando su reflexión sobre el carácter autónomo, aunque no independiente, de la historia de la clase trabajadora. Tuñón defendió la validez de la historia del movimiento obrero como un «objeto de estudio específico», cuya referencia final era la «historia total» que reivindicaba como horizonte general. Su estudio del conflicto social, que hunde sus raíces en la desigualdad económica, da pie a su concepto de «conflictividad» (latente o manifiesta), y explica lo mismo los conflictos de clase inherentes a las contradicciones ligadas al proceso productivo como los momentos históricos que traducen en el tiempo corto las crisis estructurales: son etapas de «coyuntura conflictiva», como la II República (Juliá).

La interdisciplinariedad es necesaria a la Historia, diría Tuñón. Pues bien, en su caso no es mera formulación académica: es la realidad de su quehacer. Cuando se embarca en la historia de la cultura (como en su ambiciosa obra *Medio siglo de cultura española*), Tuñón aspira a presentar siempre el carácter dinámico y totalizador de la cultura. Su preocupación metodológica surge aquí también: su perspectiva es la de una sociología de la cultura; quiere ir más allá de una «mera historia de las ideas» (Aubert). Y cuando aborda esa historia de las ideas, y penetra en el carácter de su difusión, propugna una historia de las infraestructuras que se utilizan y se preocupa por el mercado de lo impreso, ¿cómo no reconocer que Tuñón ha inaugurado «una modalidad más de la historia de las fuentes» (Devois), la que define la historia de las mentalidades como el estudio simultáneo de sus condiciones y de sus lugares de producción?

Interdisciplinariedad también en el estudio de la política y de sus instancias: he ahí su magnífica *Historia y realidad del poder*. Sus estudios del *poder*, que vincula con la capacidad de aplicar decisiones, de los *bloques de poder*, analizando la específica articulación de los poderes actuantes en el Estado, y de las *élites*, a partir de los diferentes orígenes socioeconómicos del personal dirigente, supusieron un enorme avance para organizar el estudio del funcionamiento de los mecanismos políticos, económicos o culturales de un país, y la importancia de las fuerzas en presencia (Corcuera).

No hay duda, Manuel Tuñón de Lara merecía este libro; y lo merecía, entre otras razones, porque quienes conocen magníficamente

su obra podían quizá colmar la laguna que él, como algunos grandes maestros de la reflexión, nunca abordó de manera sistemática: esto es, la concreción de su pensamiento teórico y de sus propuestas metodológicas «como una dimensión autónoma y sostenida» (Aróstegui), tarea ésta que Tuñón nunca ha hecho, a pesar de su valiosísima *Metodología de la historia social de España* y de varios artículos aquí y allá. No me atrevo a asegurar que Tuñón de Lara haya creado escuela, pero sí creo poder decir que muchos historiadores nos reconocemos deudores de su magisterio, y que en nuestra manera de historiar están las huellas de lo que aprendimos con Tuñón, junto a él o/y leyéndole.

Que, para cerrar el libro, haya semblanzas sobre Tuñón de Lara de Elías Díaz, Angel Viñas y Camilo José Cela, que el prólogo sea de Laín y que Jover contribuya con un apunte personal da una idea, aunque sólo aproximada, de la variedad de ámbitos de la intelectualidad española a los que ha llegado Tuñón, indicando a las claras que su influencia ha sido la de un intelectual en el sentido más amplio de la palabra. Este es un tipo de libro nada usual, por lo menos en España; no hay apenas precedentes. Si ha sido posible es porque Tuñón de Lara no es un historiador más.

Ricardo Miralles

LLOYD, CHRISTOPHER: *The Structures Of History*, Blackwell, Oxford, 1993, 271 pp.

Christopher Lloyd es autor, entre otras publicaciones, de una anterior *Explanation in Social History* (Oxford, Blackwell, 1986), un excelente libro del que el presente es continuación en algún aspecto. Determinadas partes del texto comentado habían visto la luz previamente como artículos de revista, mientras que la publicación actual como libro se inscribe en la serie «Studies in Social Discontinuity» que dirige Charles Tilly.

Es patente que la obra de Lloyd enlaza precisamente con las orientaciones que representa la obra de Ch. Tilly, sobre todo en su propuesta de «historia estructural» a largo plazo, y la corriente historiográfico-sociológica que se desenvuelve en torno a ella. Aunque manteniéndose siempre dentro del ámbito vinculado a la Historia Social, la contribución de Lloyd, no obstante, desborda con mucho el

interés sectorial para adentrarse en terrenos de bastante mayor resonancia en el problema actual del conocimiento de lo social, a través de dos cuestiones importantes y, en definitiva, convergentes, que son las que queremos señalar de manera previa.

Lloyd hace una propuesta de articulación nueva de una «historia estructural científica» que contiene, en primer lugar, una definición metodológica, que había sido objeto, justamente, de alguno de sus escritos anteriores. El otro aspecto interesante, y de mayor alcance, es el que se refiere a la articulación de una ciencia social en cierto modo unificada y fundamentada también en una metodología estructural y con una prevalencia potente de lo histórico, en la línea de Charles Tilly.

La materialización de ambas propuestas se emprende con un intento claro de buscar fundamentos propios a nuevas formas de aproximación a lo social, que, en la línea ya propuesta desde otros campos científicos, fuesen válidos para superar en manera efectivamente operativa la solidificada dicotomización, no sólo de alcance metodológico, sino también ontológico y epistemológico —en la ciencia anglosajona especialmente—, entre *individualismo* y *holismo*, con todo el complejo sustrato teórico, metodológico y, más aún, sin duda, ideológico que se halla detrás de estas dos grandes presuposiciones explicativas de lo histórico-social. La superación de esta dicotomía, en efecto, se promueve aquí a través de la insistencia en la concepción que pretende tomar cuenta de la forma imbricada, o, mejor aún, inextricable, en que se presentan la *estructura* y la *acción social*, como realidades virtuales cuya relación dialéctica es la única que puede explicar lo social y su dinámica.

En este plano, por tanto, una aportación esencial de la obra de Lloyd es su exposición y defensa de lo que él ha llamado *methodological structurism*. Por otra parte, todo el trabajo insiste, y, en definitiva, en ello concluye, acerca de la necesidad de una forma de integración del conocimiento de lo social que, fiel en esto también al magisterio de Tilly, intenta resolverse por el camino de una aproximación teórica explícita entre lo sociológico y lo histórico, sin perjuicio de que en el terreno de la investigación empírica se proponga una flexible «división del trabajo».

La cuestión es, pues, que por el camino del «estructurismo» y de la ciencia social con una básica concepción estructural e histórica —pero, en cualquier caso, con una utilización de «estructura» que se

aleja, evidentemente, de las posiciones más utilizadas en los *estructuralismos*- y con una propuesta insistente también de «realismo epistemológico» en el estudio de lo social, Lloyd pretende enfrentarse con la ya conocida «crisis» actual del pensamiento social, en el que las ciencias sociales «se encuentran hoy en un estado de confusión metodológica y teórica enmascarada como pluralismo» (p. 1) y, en su seno, con la crisis paradigmática de la investigación histórica (estructural). A la vista, cuando menos, de las intenciones de la obra no es metafórico decir que su interés es considerable.

El texto se dispone en seis grandes capítulos, todos ellos asistidos de un excelente aparato crítico-bibliográfico, que, de manera poco usual, de otra parte, integra la bibliografía francesa reciente -pero no la alemana-, una prueba más de la influencia de Charles Tilly. De estos seis capítulos, los dos primeros tratan de la «Historia Estructural», cuya entidad se analiza (cap. 1.º) y de la que se ofrece un panorama crítico (cap. 2.º). La propia conceptualización de una Historia de las estructuras, el alcance de los intentos de hacer «científica» esa Historia, de las metodologías aplicadas -empiristas e individualistas, sistemático-funcionalistas, hermenéuticas (emplea el vocablo *interpretist*), estructuralistas y relacional-estructuralistas- ocupan unas páginas de gran interés como panorama en que luego se intentará encajar la propuesta propia.

Los tres capítulos siguientes están dedicados a desarrollar las concepciones fundamentales del *estructurismo* y a situarlo dentro de su campo epistémico y metodológico, en los que se estudian sucesivamente sus contenidos metodológicos en la explicación histórica, su conexión con el «realismo» metodológico para fundamentar una «ciencia de la Historia Estructural» -en otros pasajes del texto se habla de esta misma cuestión como «Historia Científica Estructural» o «Historia Estructural Científica»- y su relación con el materialismo histórico. Para llegar, en fin, a un último capítulo, recapitulativo y extremadamente atractivo, cuyo título prefiero dejarlo en la lengua original: «*Realism, Structurism and History as the Foundations for a Unified and Translormative Science of Society*».

El análisis más detallado de la posición defendida por Lloyd, que, de manera global, significa, a nuestro modo de ver, un llevar adelante las enseñanzas de la escuela de Tilly para plantear una propuesta muy completa de una ciencia sociohistórica, habría de partir, sin duda, en lo que en estas líneas breves es posible, de una primera con-

sideración de la aproximación insistente buscada por el autor a una concepción *científica* del estudio social, lo que en el panorama de hoy resulta especialmente reconfortante. Pero resulta aún de mayor interés el hecho de que muchos pasajes del texto -desde la cita inicial de la obra de Dudley Shapere sobre la significación de la ciencia hasta el último párrafo del libro, en el que se enjuicia el valor transformador del conocimiento científico-- estén dedicados a perfilar una concepción de la ciencia que además de rechazar el «cientificismo» hace explícitas todas las cautelas, matizaciones y enseñanzas adquiridas en el «pospositivismo» sobre la naturaleza de la ciencia y de la ciencia social [Introducción, pp. 31 y ss., con el concepto de «dominio (campo) científico» tomado de Shapere, cap. 4.º, y pp. 187 y ss.].

La segunda consideración tendría que referirse a la insistencia de Lloyd, no nueva, sin duda, en una posición teórica y un método capaces, como hemos dicho antes, de superar de manera convincente la dicotomía entre las visiones «individualistas» y las «globalistas» (holistas) mediante la instrumentación teórica y metodológica de un *dualismo dialéctico* entre *agency* y *structure*. Es sabido, desde luego, que desde que aparecen las primeras obras sobre la teoría de la acción de impronta weberiana -Buckley, Etzioni, Touraine-, desde los trabajos de Mandelbaum y alguna cosa de Mario Bunge hasta la «teoría de la estructuración» de Giddens, y los trabajos valiosos de Margaret Archer y algunos posteriores como los de Sztompka, hay un esfuerzo sociológico y sociohistórico continuado que pretende la superación de la fractura entre esas dos instancias, individualista y holista, acabando con una batalla en la que suenan nombres importantes de una y otra parte, como los de Popper, Von Mises, Homan, Habermas, Luhmann, etc. (por no hablar de los orígenes en los clásicos de esta dicotomía), para establecer que «estructura» y «agencia» individual no son más que realidades virtuales, ninguna de las cuales da cuenta por sí misma de la sociedad y proponiendo una visión «poliédrica» de la realidad social que ha adquirido ya una cierta tradición en la teoría social.

La propuesta de Lloyd, y del entorno científico en el que se ubica, es la del *estructurismo*, posición a la que intentan buscársele por el autor los más ilustres precedentes y los más variados practicantes (todo en el cap. 3.º, «*Methodological Structurism in Historical Explanation*»), entre los que se incluiría un espectro que va de Clifford Geertz a Ernest Gellner, de Giddens a Touraine, de Tilly a Le Roy

Ladurie y otros muchos. Hay que reconocer que la expresión inglesa *structurism* (que el autor afirma estar inspirada en la obra de Rom Harré *Architectonic Man: On the structuring of Lived Experience*, de 1978), como su obligada traducción, por el momento, como *estructurismo*, aplicadas para designar esta forma de entendimiento metodológico de la realidad social, resultan horribles. Sin embargo, se impone la necesidad de un vocablo que distinga sin ambigüedades esta propuesta de la del «estructuralismo», con la que no tiene concomitancia alguna si no es su relación, aunque bien divergente, con la idea de estructura, y del *structurationism* de Giddens.

Descripciones y definiciones del estructurismo abundan, como es natural, en todo el texto. De manera sintética, Lloyd habla de una concepción de la sociedad como «estructura con sujeto» y, de hecho, la propuesta se ubica sin dificultad dentro de las corrientes «estructuracionistas» que entienden las estructuras sociales como entidades «reales» que están generadas históricamente por la acción de los individuos, por la *agency*, y que, a su vez, constituyen tanto la condición de posibilidad de la acción social como la determinación o el constreñimiento más importante para ésta. De esta forma, la estructura social es definida como «el conjunto emergente de reglas, roles, relaciones y significados en cuyo seno nacen las gentes que las organizan y que es reproducida y transformada (la estructura) con su pensamiento y acción» (pp. 42-43). Individuo y estructura son, pues, realidades virtuales, la realidad objetiva sólo puede ser contenida por ambos a la vez. *Structurism* es, en definitiva, una concepción de la estructuración social como devenir, que hace que lo histórico ocupe el centro de todo el análisis social.

Las posiciones de Christopher Lloyd sintonizan hoy, sin duda, con una de las potentes corrientes que buscan una nueva estructuración -también- del conocimiento social, a partir de unas premisas teóricas en las que quepan concepciones tan diferentes en la interpretación de la cultura, la estructura y la dinámica histórica, como pueden ser la de Geertz y la de Giddens, por ejemplo, que encuentran su filiación más cómoda a partir de la obra de Marx obligatoriamente junto-con-la-de Weber y que consideran que la clave de la sociedad es la acción estructurante. Y ello le parece, y nos parece a nosotros, una buena base para propugnar una ciencia social diferente en la que la Historia tiene la palabra.

Julio Aróstegui

TILLY, CHARLES: *European Revolutions. 1492-1992*, Blackwell, Oxford, 1993, 262 pp.

Cuando diferentes coaliciones de actores encuentran grandes incentivos en desafiar de forma concertada al poder del Estado, intentan crear situaciones revolucionarias bajo condiciones cambiantes. Cuando no encuentran ningún atractivo para ello o no se sienten amenazados por el Estado emplean otros cauces para defender sus intereses. Pero los procesos revolucionarios y la política «normal» discurren por los mismos parámetros del conflicto colectivo. La diferencia radica en la «extensión y exclusividad de las demandas sobre el Estado».

Charles Tilly utiliza desde hace bastantes años un enfoque sociológico e histórico sobre las revoluciones que él mismo denominó *modelo político*, y que Michael S. Kimmel, en su reciente *Revolutions. A Sociological Interpretation*, ha caracterizado como de síntesis entre el enfoque estructural –de Skocpol, Goldstone, etc.– y el de la acción (de la movilización de recursos, economía moral, actor racional, psicosociales, etc.). Este modelo, esbozado ya en tres obras anteriores [*From Mobilization to Revolution* (1978), *The Contentious French* (1986), *Coercion, Capital and European States* (1990)], y que no pretende según el autor representar una teoría general de las revoluciones, permite abordar el fenómeno revolucionario en este último libro desde una óptica que aporta a la discusión sobre el tema las siguientes características:

1. Las revoluciones quedan definidas como una transferencia forzada de poder sobre el Estado (un resultado revolucionario), después de que al menos dos bloques distintos de contendientes formularan reclamaciones incompatibles para obtener el control del Estado, y alguna parte significativa de la población sujeta a su jurisdicción apoyara las reclamaciones de cada uno de ellos (una situación revolucionaria). Caben entonces procesos revolucionarios donde pueden producirse sólo situaciones sin resultados revolucionarios (p. e., rebeliones sin éxito, guerras civiles), y el contexto más frecuente de resultados sin situaciones revolucionarias (golpes de Estado, revoluciones desde arriba). Por fin, y es excepcional, situaciones y resultados revolucionarios, es decir, revoluciones completas.

2. La organización del Estado y las relaciones entre los Estados son los elementos fundamentales que influyen en la determinación de las revoluciones. Las relaciones sociales y las estructuras económicas afectan indirectamente, desde el momento en que contribuyen a conformar el carácter del Estado y nos hablan de quiénes son los principales actores y sus intereses. Las características de las revoluciones varían históricamente como un producto de los cambios en la organización del Estado y las relaciones entre los Estados. Tilly insiste en la importancia de los cambios en los mecanismos de sucesión, extracción de recursos, las condiciones para hacer la guerra, la resolución de los conflictos, etc. De esta forma parece difícil que las regularidades en las revoluciones descansen en un recital de condiciones universales, válidas para todos los tiempos.

3. Por otro lado, las revoluciones constituyen una parte o parcela más del conflicto colectivo. Entonces se necesitará observar las combinaciones de mecanismos que hacen posible los procesos revolucionarios; diferentes combinaciones de los mismos mecanismos que posibilitan otras formas de actuar colectivamente. Una explicación completa de cada proceso revolucionario requiere saber por qué aparecen los contendientes; por qué una parte de la población acepta sus propuestas, y por qué se produce la incapacidad o negativa de los gobernantes para rechazar a estos contendientes y sus formulaciones. Todo ello nos habla de cómo está agrupada la gente, de sus identidades sociales, sus intereses, creencias, oportunidades para actuar y el papel de la fuerza armada en relación a los gobiernos. Según las variadas coaliciones de actores, Tilly establece una tipología de revoluciones: comunitarias, clientelares, dinásticas, militares, nacionales y de coalición de clases. En Europa, durante los primeros siglos después de 1492 dominaron los tres primeros tipos y, posteriormente, las dos últimas formas, con las militares en la intersección entre ambos.

Tilly utiliza casos históricos a través de las amplias trayectorias revolucionarias (durante quinientos años) de algunos países como Francia, Gran Bretaña, Rusia, España y Portugal, los de los Balcanes, del Centro y del Este de Europa. Particularmente, Tilly no responde satisfactoriamente a cuestiones como la inexistencia de conflictos nacionales en Francia o la participación del ejército en la política francesa contemporánea, máxime cuando él mismo se pregunta por qué no jugó un papel más autónomo, con las experiencias de Napoleón, Mac Mahon, Petain y De Gaulle.

Tampoco estamos muy seguros de la utilidad del cambio en los términos de *Estado Nacional* por *Estado Consolidado*, y «fase de nacionalización» en la formación del Estado por «fase de consolidación». El contenido de este último concepto --circunscripción, control y asunción de obligaciones por parte del Estado-- difiere y no llega a abarcar el contenido del concepto anterior de nacionalización --estabilización del poder militar, del sistema fiscal y establecimiento del gobierno directo sobre la población. Por supuesto, Estado Nacional inducía a la confusión por tropezar con el hegemónico sentido nacionalista del término. Pero era más adecuado a lo que quería dar a entender Tilly.

Aunque quizá el principal problema que se vislumbra en las aportaciones de Tilly es el protagonismo de las identidades colectivas en los procesos revolucionarios. Creo que es la primera vez que Tilly conceptualiza el nacionalismo con tanta extensión y relevancia en la emergencia de las revoluciones contemporáneas europeas. Más genéricamente, Tilly también nos habla del papel destacado de las identidades sociales para reforzar la acción colectiva y, en concreto, de la amenaza potencial que pueden sufrir por parte del Estado como aglutinadora de la población y los contendientes en la creación de situaciones revolucionarias. Es, por tanto, una novedad digna de mención en los análisis del sociólogo-historiador norteamericano. Pero las identidades colectivas no están suficientemente desarrolladas en este análisis de las revoluciones y, quizás por ello, no está claro su papel en ellas: ¿Cuál es la relación entre identidades colectivas e intereses y divisiones sociales; cómo se traslada el campo de la identidad a la participación política en una revolución? Porque Tilly parece inclinarse por definir muchas de las revoluciones ocurridas como burguesas (Holanda o Francia), o de coaliciones de clase. Pero la clase social se define en los trabajos de Tilly, ¿por su identidad colectiva o por las relaciones de producción? Y sin embargo, en el mismo texto se hace hincapié en el papel de los aliados en una situación revolucionaria. Es decir, identidades sociales sí, pero en los momentos cruciales transformadas en distintas combinaciones de coaliciones definidas estrictamente como políticas (bolcheviques y socialrevolucionarios; republicanos y socialistas; comunistas y nacionalistas, etc.) ¿Es posible que varias identidades colectivas participen en las mismas coaliciones políticas dentro de una revolución? Además, de las identidades comunitarias, nacionales o de clase, ¿pueden resaltarse otras

relevantes en la historia de las revoluciones, como la popular o religiosa, estudiantil o gremial? Quizá Tilly sólo haya esbozado su interés por mostrar los casos más relevantes y recurrentes en la Europa de los últimos quinientos años, sin la pretensión -por la inabarcable extensión del período- de definir cada uno de los casos.

En todo caso, y al margen de estos problemas, nos parece muy útil el esquema de Charles Tilly sobre las revoluciones históricamente cambiantes y su modelo político de síntesis en el análisis de los procesos revolucionarios -de todos, no solamente de las grandes revoluciones con éxito. ¿Para cuándo entonces el estudio -sin ir más lejos- de las características de la Guerra Civil española desde esta perspectiva? Estoy seguro que ayudará a comprender mejor nuestra historia más reciente.

Rafael Cruz

BURGUIÈRE, ANDRÉ, Y REVEL, JACQUES (dirs.): *Histoire de la France*, vol. 4: *Les formes de la culture*, Seuil, París, 1993, 602 pp.

En octubre de este año ha aparecido, bajo la dirección de André Burguière, *Les formes de la culture*, cuarto y último volumen de la Historia de Francia dirigida por A. Burguière y J. Revel; los tres anteriores aparecieron en 1989-90, bajo los títulos de *L'espace française* (dirigido por Jacques Revel), *L'État et les pouvoirs* (dirigido por Jacques Le Goff) y *L'État et les conflits* (dirigido por Jacques Julliard). Los nombres de los directores de estos volúmenes revelan claramente la procedencia intelectual de la obra, que no es otra que la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* de París, en donde trabajan los herederos actuales de la «escuela de los *Annales*». Dada esa procedencia, la obra no podía en ningún caso recorrer los caminos trillados de la narración secuencial de acontecimientos engranados en un esquema teleológico, es decir, forzosamente tenía que aportar al género de las «historias nacionales» la plural creatividad historiográfica y el espíritu de innovación y experimentación que han caracterizado a la casa desde su fundación hace veinte años.

Para empezar, se ha abandonado el esquema cronológico y, en consecuencia, se han evitado todas las arbitrariedades que conlleva la periodización que tal esquema exigiría. En su lugar, tenemos un índice temático, que hace que la obra esté constituida en realidad por

un conjunto de monografías centradas en *problemas* de la historia de Francia. Ese cambio en el índice general no es sólo una elección acertada en cuanto a la forma de organizar la información pertinente, sino que revela un cambio de paradigma con respecto a la narración secuencial: se trata de la historia-problema, la que no se pregunta por un acontecimiento o un personaje, ni por un período y un territorio definidos *a priori*, sino por un problema histórico, un interrogante lanzado desde la conciencia de la sociedad actual y al que se intenta responder con los métodos específicos de la historia.

La importancia de ese cambio de enfoque no se nos puede ocultar, dado que se aplica al más querido de los objetos de la historiografía tradicional, esto es, a la *nación*; y, en consecuencia, el cambio de paradigma afecta al género rey de esa historiografía tradicional, la historia del Estado-nación. Efectivamente, la obra que comentamos es una investigación sobre la identidad francesa, cuestión hoy más viva que nunca, cuando Francia se enfrenta a un tiempo a los retos de la integración europea y de la asimilación de los inmigrantes. Cuando en gran parte de Europa asistimos al resurgir de los nacionalismos clásicos de raíz cultural (lingüística, religiosa, incluso étnica), destaca la peculiaridad del sentimiento nacional francés, excepcional precisamente por negar su carácter singular, por no fundarse sobre una herencia racial o cultural que excluiría al «extranjero», sino sobre una voluntad política de convivir en torno a unos valores, valores que se preconizan como universales. Desde ese estado de ánimo, la historia de Francia no nos aparece ya como el recorrido necesario de un ente nacional que ha existido desde siempre y que ha ido ascendiendo hasta un destino de grandeza inevitable; no: es la historia de una construcción, una historia hecha de contingencias, de voluntades, de proyectos truncados... una Historia con todas las letras.

Con ese planteamiento no determinista, que niega el concepto mismo de «historia nacional» como género, el Estado aparece como centro de toda la problemática, por cuanto es la gran construcción histórica de los franceses, la empresa determinante de su identidad como pueblo. El Estado, que había sido el gran ausente de la historia de los *Annales*, es ahora la piedra angular de sus herederos; pero en torno al Estado escriben una historia política nueva, ya que la vieja historia política se ha enriquecido con métodos y conceptos procedentes de las ciencias sociales y ha ampliado su campo de nuevos te-

Críticas

mas, que afectan al contenido esencial de la definición y ejercicio del poder.

Desde ese punto de vista hay que interpretar el primer tomo de la serie, pues no constituye una simple introducción al modo tradicional sobre un «marco geográfico» inmanente, predeterminado para servir de escenario a los personajes de los tomos posteriores; por el contrario, el territorio aparece aquí como una construcción, mediaticada por las categorías de los agentes que lo diseñaron, por los poderes de las instituciones que lo definieron, por las capacidades técnicas y culturales para conocerlo y comprenderlo (así nos lo presentan Daniel Nordman y Jacques Revel en un espléndido capítulo sobre la formación del espacio francés). El espacio es también espacio vivido por los grupos humanos que lo convierten en paisaje (Patrice Bourdelais), es espacio del capital que lo define con sus redes (Louis Bergeron), espacio de la cultura que lo interpreta y lo comunica (Dominique Juliá y Daniel Milo) y, desde el siglo XVIII, un espacio pensado como material que puede y debe ordenarse, modificarse desde el Estado (Marcel Roncayolo).

El segundo tomo constituye un ejercicio de historia política de muy largo plazo, que cobra justificación por la precedencia en el tiempo de la monarquía francesa frente a la identidad francesa. El índice del volumen presenta un aspecto secuencial, en razón de las especializaciones profesionales de los diferentes autores: Jacques Le Goff (La Edad Media), Robert Descimon y Alain Guéry (la Edad Moderna), Pierre Léveque y Pierre Rosanvallon (la Edad Contemporánea). Pero eso no debe ocultar que el planteamiento del libro es tan poco secuencial como el del conjunto de la obra, pues cada uno de estos capítulos afronta la resolución de una serie de problemas históricos de gran envergadura. Por ejemplo, la cuestión crucial de las relaciones entre religión y poder político en la monarquía cristiana y el proceso de separación entre la religiosidad de los franceses y un poder público laico; o la evolución de los conceptos jurídicos con los que se pensaba el poder en el Antiguo Régimen; o la formación histórica de la figura del intelectual y sus relaciones con el poder político; o el protagonismo del Estado en la cohesión de la sociedad francesa y en el control de los flujos económicos. El tercer tomo de esta historia de Francia nos aporta aún otra dimensión, cual es la de los conflictos sociales: las múltiples manifestaciones de resistencia frente a la acción del Estado son otra forma de aproximarse al conocimiento del Esta-

do. Basten estos ejemplos para mostrar hasta dónde se puede llevar la multiplicación de los puntos de vista, y cuántos pueden enriquecer la aproximación histórica al tema del Estado en comparación con la esterilidad de repetir una y otra vez una narración de la vida política que difícilmente añadiría algo a la comprensión del pasado o del presente del país.

A estas alturas de la obra, el lector ha comprendido ya la impropiedad de la separación tradicional establecida entre sociedad civil y Estado, pues la sociedad es el campo de la acción política, de la misma manera que el Estado tiene una historia social; en definitiva, el Estado resulta ser una construcción de la sociedad para actuar sobre sí misma. Y entonces ¿qué pasa con la cultura?

Tres años después de publicarse el tercer volumen ha aparecido el cuarto, dedicado a las formas de la cultura. Podría parecer que esa postergación respondiera al esquema clásico que deja para el final los aspectos «subjetivos», mentales o culturales, de la historia nacional, como si fueran un subproducto de la historia «real», contada en clave de hechos positivos. Nada más lejos de la realidad, como se sienta expresamente en el prefacio. Respondiendo al espíritu general de la obra, las instituciones, como los documentos históricos que nos las dan a conocer, son fruto de una construcción y reflejan la cultura de sus constructores, al tiempo que contribuyen a conformarla. En el capítulo sobre las trayectorias y tensiones culturales del Antiguo Régimen, Roger Chartier despliega ese potente mecanismo epistemológico, que recuerda a la sociología de Pierre Bourdieu: observar a la vez el campo social y las condiciones sociales de su definición, cada objeto como estructurado y estructurante al mismo tiempo.

Finalmente, los temas de los que trata *Les formes de la culture* se nos aparecen como otros tantos componentes de la identidad francesa, con lo que vienen a constituir un recorrido perpendicular con respecto a las grandes líneas trazadas en los otros volúmenes: la familia (André Burguière), la cultura campesina (Daniel Fabre), la cultura burguesa (Alain Plessis), la herencia de la Revolución (Madeleine Rebérioux), la cultura de masas (Christophe Prochasson)... El último capítulo, de Philippe Joutard, está dedicado a la construcción de la memoria nacional a través del género literario de la historiografía, presentado como «una pasión francesa». El círculo, pues, se cierra en donde empezó, poniendo en conexión la reconstrucción histórica del pasado con la construcción de una identidad en el presen-

te. Dada la especificidad de esa «pasión» de los franceses por su historia, cabría preguntarse si una obra como ésta podría haberse escrito y publicado en algún otro lugar del mundo; queda claro, en cualquier caso, que lo que plantea es un programa de investigación, casi un paradigma historiográfico, y como tal abre un camino que puede ser explorado en otras regiones de la historia.

Juan Pro Ruiz

Û'BRIEN, P., YQUINAULT, R.: *The Industrial Revolution and the British Society*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993, 295 pp.

Es bien sabido que los dos procesos revolucionarios con los que nace la época contemporánea, la Revolución Francesa, o mejor, las Revoluciones Atlánticas, y la Revolución Industrial, son los temas que han generado una mayor producción historiográfica. Una proliferación de estudios, que al haberse conjugado con la diversidad de enfoques metodológicos, ha hecho avanzar de manera muy notable nuestros conocimientos sobre el origen, las características y el alcance de ambas rupturas desde la perspectiva de la consolidación del capitalismo y la democracia.

El volumen editado por ù'Brien y Quinault se inserta en estas directrices. Es un ejemplo representativo de la fascinación que sigue suscitando esta segunda secuencia de cambios en los medios académicos anglosajones. Pero no se trata de otra aportación destacada de la nueva historia económica o de la historia social marxista. No hay lugar en este libro, concebido como un manual para alumnos de licenciatura y no como un conjunto de novedosas aportaciones para especialistas, para el exclusivismo en la selección de temas y enfoques. Por esa razón los once capítulos o «ensayos» —en palabras de P. O'Brien—, utilizando el tradicional pero no menos convincente estilo narrativo, constituyen una amplia y actualizada síntesis de algunas de las principales implicaciones económicas, sociales y políticas de la Revolución Industrial en Gran Bretaña. Y por el mismo motivo en su redacción han participado historiadores de cada uno de estos ámbitos, adscritos a escuelas muy diferentes.

Una marcada orientación interdisciplinar la de esta obra, poco habitual en la tradición historiográfica sobre este proceso de cambio socioeconómico, que constituyendo uno de sus rasgos innovadores más

destacados, aumenta a mi juicio su utilidad. Y es además compatible con el carácter integrador que la recorre. A este segundo mérito contribuye, de manera importante, la formulación por el historiador económico antes citado de dos interrogantes en torno a los cuales se articulan explícita o implícitamente los diferentes estudios. Por una parte, ¿hasta qué punto se produjo en el conjunto del territorio la ruptura rápida y profunda de la base productiva, de las estructuras sociales y del funcionamiento y la composición de las instituciones políticas? Y por otra parte, ¿en qué medida tuvo la Revolución Industrial un alcance transnacional?

Dos bloques de cuestiones cuyo desarrollo es sin embargo muy desequilibrado. De hecho al segundo sólo se dedica un capítulo: el noveno. Sin embargo, la búsqueda de respuestas al primero de ellos a lo largo de los diez restantes muestra una distribución interna casi equitativa: tres y cuatro estudios respectivamente para el análisis de las transformaciones económicas y sociales, y otros tres centrados en la esfera de las decisiones políticas. Pero sobre todo ofrece un balance interpretativo mucho más amplio y convincente.

En efecto, las conclusiones formuladas por O'Brien, Hawke y Tunzelman acerca de si se produjo o no entre mediados del siglo XVIII y la tercera década del siglo XIX una «gran discontinuidad» en la estructura económica, sustentada no en el hecho de que aumentara la cantidad de los factores de producción, sino fundamentalmente en la modificación de cómo pasaron a combinarse tierra, trabajo y capital, ratifican que el conjunto de cambios englobados bajo el término revolución industrial no fue un «mito». Y también confirman sus conocidas características. No se trató de una transición lenta, sino de una ruptura.

Así lo reflejan unos niveles de crecimiento económico espectaculares y nunca con anterioridad experimentados. Como pone de relieve G. Hawke, el producto nacional creció a un ritmo acelerado y continuado durante el período comprendido entre 1760-1780 y 1801-1831. Casi llegó a triplicarse entre estas fechas. La contribución del avance técnico, aplicado tanto a la forma de producir como a la organización del trabajo, es incuestionable. El trabajo del tercer autor citado lo analiza desde una doble perspectiva. Las innovaciones tuvieron un alcance revolucionario, por una parte porque se institucionalizaron. Su aplicación dejó de tener un carácter excepcional para convertirse en la norma. Y, por otra parte, porque motivadas en

su opinión por los cambios en la demanda, las nuevas tecnologías estimularon la producción en fábrica. Y, a su vez, como consecuencia la industria exigió elevados niveles de *output* para surgir y, sobre todo, consolidarse frente a otras formas de producir bienes industriales.

¿Cuál fue la relación entre los cambios económicos y los sociales? Muy significativa, como lo destacan las contribuciones de Stevenson, Bythell y Philips. Para empezar la estrecha relación entre desarrollo económico en el largo plazo y crecimiento demográfico –la población de Inglaterra y Gales se más que duplica entre 1751 y 1851– implicó la disminución de las tasas de mortalidad. Paralelamente el mundo urbano se impone sobre el rural. Un avance de la urbanización (en 1851 más de la mitad de la población total se concentraba en urbes y a finales del siglo XIX casi el 80 por 100) indisociable del arraigo y predominio del sistema fabril, que, por otra parte, va a verse acompañado en algunas de las principales ciudades industriales de algunas reformas en las condiciones de vida, cuya enumeración permite matizar la generalizada visión catastrofista acerca de algunas de las principales repercusiones sociales del binomio urbanización-industrialización. Frente a la incapacidad atribuida a la mano de obra asalariada de procedencia rural para adaptarse al «caos urbano» y poder recrear sus propios valores y comportamientos colectivos, lo ocurrido por ejemplo en la región de Lancashire es muy diferente. Supieron salvaguardarlos, articulando lazos y solidaridades personales, horizontales y familiares. La familia tradicional seguía intacta en 1851.

Una conclusión que la historiografía más reciente hace extensible al clásico balance sobre el empeoramiento de los niveles de vida. Existe un cierto grado de consenso respecto al aumento de éstos incluso antes de las décadas centrales del siglo XIX. Y no sólo porque existen evidencias de un crecimiento de la renta per cápita en el conjunto de Gran Bretaña, sino también por el aumento en Inglaterra del salario real de los obreros varones: sobre todo de algunos segmentos, y desde luego en algunas coyunturas. Sin embargo, para la fuerza de trabajo femenina, incorporada sobre todo a la industria textil y al servicio doméstico, muy pocas cosas cambiaron.

Por otra parte, la diversidad organizativa de la respuesta obrera es otra muestra significativa de la habilidad de esta clase para adaptarse a los cambios y no sólo para defenderse de sus efectos negati-

vos. Como destaca Stevenson, a las formas de articulación colectiva de carácter eruptivo -por ejemplo, las reacciones lúdicas- se sumaron desde muy pronto otras muy diferentes. Se configuraron localmente como una gran variedad de entidades políticas, económicas (el movimiento cooperativo es un ejemplo), religiosas y culturales dominadas por los trabajadores, y ayudaron a integrar progresivamente a este componente del cuerpo social en lugar de segregarlo.

La importante repercusión del avance de la urbanización, el crecimiento de la clase media y la consolidación del movimiento obrero en la sustitución de los viejos sistemas institucionales de persecución y castigo del delito dio como resultado, como recalca Philips, además de la reforma del sistema penitenciario, la creación de un único cuerpo de policía y también de la moderna legislación criminal. Para poder conseguirlo de los gobernantes y poder defender con mayor eficacia sus intereses, empresarios y comerciantes tuvieron que vencer las resistencias tanto de la aristocracia agraria como de los trabajadores.

Precisar en qué medida la industrialización impulsó la democratización es el objetivo de la contribución realizada por Quinault. Con ese fin presta atención a tres aspectos interrelacionados: cómo evolucionó en el largo plazo la demanda de reforma del sistema electoral; qué sectores sociales la impulsaron o la frenaron, y cuál fue el resultado. Cinco conclusiones son, a mi juicio, las más destacadas. Primero, que el mantenimiento inalterado del sistema de representación parlamentaria durante el período de la Revolución Industrial refleja, en no escasa medida, los intereses mayoritarios del comercio y de la industria. Antes de ampliarlo tenían que afianzarse frente al predominio de los propietarios de la tierra y a la marcada ascendencia de la Iglesia. Segundo, mientras los enclaves urbanos industriales del este de Lancashire y del West Riding carecieron de presencia política, los pertenecientes al East Midlands la tenían desde la Edad Media. Tercero, muchas de las ciudades sin representación estuvieron controladas por oligarquías adscritas al partido conservador, e identificaron las elecciones con la desintegración de los valores tradicionales y el desorden. Cuarto, la reforma electoral de 1832, que amplió la participación del número de ciudadanos varones, no se tradujo, sin embargo, en una modificación significativa de la procedencia social ni de las fuentes de ingresos de los votantes. Al mismo tiempo, las grandes familias de propietarios rurales siguieron dominando el

Parlamento. Y en último lugar se observa que la segunda ley de reforma electoral, la de 1867, a través de la cual se produce la incorporación de la aristocracia obrera, parece confirmar que, tras la experiencia del movimiento cartista, la integración en lugar de la exclusión acabó imponiéndose en el seno de las élites económicas y políticas. Buscaban conseguir con ello dos logros sociopolíticos con importantes efectos sobre el mundo de los negocios: reducir las tensiones sociales y preservar la estabilidad de la monarquía parlamentaria.

Por todas las cuestiones sugeridas por la lectura del libro editado por O'Brien y Quinault puede concluirse que las transformaciones directas e indirectas asociadas con la Revolución Industrial al erradicar el viejo orden económico, social y político y sustituirlo, de manera relativamente equilibrada, por otro nuevo se configuraron en una perspectiva a largo plazo como el primer y fundamental paso en la modernización de la sociedad inglesa.

Teresa Carnero Arbat

BLAKE, ROBERT, y LOUIS, WM. ROGER (eds.): *Churchill*, Oxford University Press, Oxford, 1993, 581 pp.

A Churchill le gustaba la Historia. Es más, se consideraba a sí mismo como un excelente historiador. Pero no se sintió tentado por las novedades historiográficas de finales del siglo XIX. No le interesaban los avatares de los distintos grupos sociales ni de los flujos económicos. «Los conocimientos ideales que forman nuestro mundo ¿se los debemos a unos gloriosos pocos, o a los pacientes anónimos, innumerables muchos?», se preguntaba Churchill en uno de sus primeros ensayos. «Yo no vacilo en colocarme entre aquellos que ven la pasada historia del mundo principalmente como la narración de los seres humanos excepcionales, cuyos pensamientos, acciones, cualidades, virtudes, triunfos, debilidades y crímenes han dominado los destinos de la raza.» Escribir sobre esos «seres humanos excepcionales» sería, pues, su primera tarea como historiador.

Los protagonistas de las primeras biografías redactadas por Churchill no procedían de los libros de historia, más bien estaban vinculados a su ámbito familiar. Primero fue su antepasado el primer duque de Malborough, el héroe de *Malborough: His Life and Times*; después fue su padre Lord Randolph, político inteligente, gran orador

que había llegado a ministro de Hacienda en 1886, pero que tenía fama de hombre raro y difícil. La reina Victoria escribió en su diario, comentando la designación de Lord Randolph para el puesto de ministro: «es un hombre tan loco y extraño, y además su salud es mala». Lord Randolph terminó de manera fulminante su carrera política al enfrentarse al líder de su partido, el conservador Lord Salisbury. Pero, sobre todo, destruyó su crédito político al entregar su carta de renuncia a *The Times* antes de comunicárselo a sus colegas de partido y a la reina. «La falta de respeto que me demostró y demostró a sus colegas ha agravado el mal efecto que esa actitud originó», escribía la reina Victoria sobre el padre de Churchill. Restaurar el crédito de Lord Randolph era una misión desde luego difícil, pero necesaria para Winston, quien ya tenía intención de formar parte del pequeño grupo de los «elegidos» como protagonistas de la historia. La biografía de Churchill sobre su padre no fue bien acogida. El *Daily Telegraph* encabezó la oleada de críticas que llovieron sobre la nueva obra, pero Churchill pensaba, y con razón, que había logrado mejorar algo la imagen pública de Lord Randolph.

Pronto razonó que era necesario comenzar la empresa autobiográfica. Con *My Early life* inicia lo que para muchos constituyen sus mejores páginas como escritor. Sus apuntes autobiográficos obedecen, como todas las autobiografías, a mostrar el personaje que uno quiere ser. Pero entre la realidad y el deseo se abren abismos que, por fortuna, son insalvables. El propio Churchill, con el sentido del humor que le caracterizaba, afirmaba: «a menudo caigo en la tentación de adaptar mis hechos a mis frases». Pero ocurría pocas veces. El personaje real, uno de los protagonistas de los hechos trascendentales que asolaron al mundo occidental en la primera mitad de este siglo, tenía muchas más aristas, era mucho más complejo y contradictorio de lo que él mostró a través de sus escritos. Esa es la primera conclusión que se obtiene tras terminar la lectura del excelente libro editado por Robert Blake y Wm. Roger Louis, *Churchill*.

En 1991 se reunieron en la Universidad de Austin, Texas, los mejores especialistas en la vida y obra de Churchill. Fruto de ese congreso son los veintinueve artículos que conforman el texto. Aunque aparentemente cubren temas dispares, sin embargo la organización del volumen consigue dotarlo de una cierta unidad.

Arrancando con un apunte biográfico escrito por David Cannadine, que pretende, desde una posición puritana, criticar el complejo

ambiente familiar donde creció Churchill, los siguientes capítulos cubren la primera etapa política de Winston Churchill. Desde que fue elegido diputado conservador por Oldham en 1900 hasta el fiasco de los Dardanelos en 1915, que le llevó a abandonar el gobierno, la carrera de Churchill fue intensa, pero sobre todo diversa. En 1904 abandonó el partido conservador uniéndose a los liberales. Ocupó con ellos el cargo de subsecretario de colonias, desde donde defendió una política de conciliación con los bóers y el *home rule* para Irlanda. Con el gabinete liberal de Asquith ocupó las carteras de Interior y de Comercio. Su función política desde esos ministerios es analizada con rigor por Peter Clark en el capítulo titulado «Las ideas económicas de Churchill, 1900-1930», y por Paul Adisson en «Churchill y la Reforma Social». Considerando a Churchill como uno de los fundadores del Estado de Bienestar, Adisson analiza las medidas reformadoras instigadas por los liberales entre 1908 y 1911. La relación de Churchill con las clases trabajadoras son examinadas con rigor por Henry Pelling en «Churchill y el movimiento laborista».

En 1911 Churchill fue nombrado primer lord del Almirantazgo, desde donde potenció el desarrollo de la marina británica, seguro de que se aproximaba una confrontación bélica. El estudio de sus ambiguas relaciones con Alemania constituye las páginas más brillantes de *Churchill*. El presidente de la Asociación Histórica América, Gordon A. Craig, afirma «que sin haber leído nunca a Leopold Von Ranke, Churchill era un “rankiano” en su visión del mundo. Nacido en un mundo en el que Europa continuaba siendo el centro político, él miraba al continente, como lo había hecho Ranke, como una aglomeración de naciones germanas y latinas, unidas por una herencia histórica y un desarrollo espiritual común y que ahora constituyen una comunidad en la que cualquier cosa que ocurra en una nación afecta a todas las demás». Esta concepción del mundo le llevó a Churchill, afirma Craig, a ser uno de los pocos estadistas que consideraban, tanto en 1918 como en 1939, que las acciones alemanas amenazaban «el equilibrio de poder y la seguridad de su propio país».

Al estallar la Gran Guerra, Churchill continuaba ocupando el cargo de primer lord del Almirantazgo y se había convertido en figura clave del gabinete. No sabemos si muy a su pesar, pero lo cierto es que el estallido de la guerra, si hacemos caso a Lloyd George, le produjo más que excitación: «se podía ver que él era realmente un hombre feliz». Por fin, como nos recuerda Michael Howard en «Churchill

y la Primera Guerra Mundial», había llegado el momento de agradecerle a Dios la posibilidad de demostrar su valía. Pero todas sus esperanzas se rompieron tras el fracaso de los Dardanelos. Churchill abandonó el gobierno y lo que entonces tuvo que mostrar fue su capacidad para ser un perdedor.

En 1917, incomprensiblemente para muchos, Churchill entró de nuevo en el gobierno como ministro de Armamento del gabinete de coalición de Lloyd George. La relación entre los dos políticos, iniciada en la Cámara de los Comunes en 1901, ha sido crucial para la primera parte de este siglo, afirma John Grigg. La ruptura de Churchill con los liberales, ocasionada por su radicalismo contra la Rusia bolchevique, le acercó de nuevo a los conservadores.

Desde el partido conservador se inicia su segunda etapa política. Fue canciller de Hacienda con el gobierno de Baldwin, alejándose del mismo tras la crisis de 1929. Al estallar la Segunda Guerra Mundial fue nombrado primero, de nuevo, lord del Almirantazgo, y después primer ministro en el gobierno de coalición con los laboristas. Desde esa posición su papel fue importante para la victoria aliada. Sus relaciones con De Gaulle fueron difíciles. «Detrás de las dificultades que existían entre dos personalidades excepcionalmente fuertes había importantes diferencias políticas», nos recuerda Douglas Johnson. Con Roosevelt fueron mejores, pero no tan extraordinarias como los protagonistas querían hacernos creer. Desde el final de la Conferencia de Casablanca, afirma Warren F. Kimball, las divergencias entre Roosevelt y Churchill eran evidentes. No estaban de acuerdo con el papel que la ahora aliada Unión Soviética debía jugar en el mundo después de la guerra. La relación entre Churchill y Stalin, mucho más compleja y desconocida, nos la cuenta Robin Edmonds.

Sorprendentemente para algunos ingleses, incluido el propio rey, Churchill perdió el poder en las elecciones de 1945. «Yo creía que era una muestra de ingratitud hacia ti -afirmaba Jorge VI- después de todo lo que habías hecho por ellos.» Sin embargo, en 1951 volvió al gobierno tras un nuevo triunfo conservador. Roy Jenkins analiza esta última experiencia política de Churchill, que concluyó en 1955.

Si una de las virtudes de *Churchill* es la multiplicidad de puntos de vista que toda obra colectiva tiene, también es su único defecto. Los historiadores que participaron en el congreso de la Universidad de Austin prepararon conferencias sobre distintos aspectos de la vida

y la obra de Churchill, pero todos introdujeron sus hechos y personajes. Era inevitable el solapamiento. Los hechos y las anécdotas se repiten a lo largo de estas páginas; pero no por ello deja de ser una gran obra sobre alguien que como Winston Churchill tuvo la voluntad de convertirse en uno de los «seres excepcionales» de este siglo.

Carmen de la Guardia

GENTILE, EMILIO: *Il culto del littorio. La sacralizzazione della politica nell'Italia fascista*, Laterza, Roma-Bari, 1993, 326 pp.

El autor, que se ocupa desde hace muchos años de historia italiana del siglo XX, analiza en este trabajo si y en qué medida el fascismo logró crear un sistema coherente de ritos, mitos y símbolos, utilizando también la experiencia del Estado unitario, que a partir de 1861 había tratado de instituir una «religión de la Patria».

Ya el Risorgimento, y particularmente el profeta místico Giuseppe Mazzini, había tratado de retomar la idea mítica de los jacobinos, italianos también, es decir, la de la revolución como «regeneración moral» de un pueblo que, después de siglos de divisiones y conflictos internos, hubiese debido encontrar una referencia común, antes en las luchas nacionales y luego en la pedagogía institucional de la escuela y del ejército. Después de la Unificación, señala Gentile, el literato y político Francesco de Santis había sostenido el objetivo fundamental de «hacer los italianos», proponiendo, de manera explícita, una forma de «religión civil» que diese sentido cívico unitario y moderna conciencia política a los varios pueblos de la península.

La clase dirigente liberal posterior a la Unificación apostó por la exaltación de la monarquía para fundar una «liturgia nacional de Estado», a través de las sociedades de los excombatientes *risorgimentali*, la conmemoración de los caídos, la proliferación de obras monumentales y la institución de fechas y lugares «sagrados a la Patria». Según Gentile, este proceso de movilización patriótica no consiguió grandes resultados por dos motivos: uno teórico, ligado a la concepción racionalista y elitista del poder, y otro político, derivado del miedo a los efectos incontrolables de un protagonismo de masas, hacia las que prevalecía una desconfianza de clase.

Gentile pone de relieve que antes de 1914 los nacionalistas de Enrico Corradini declaraban gran admiración hacia la «religión de los

héroes y de la naturaleza» difundida en Japón: en este país podía realizarse constantemente una especie de autocelebración llegando a fundir, o a disolver, al individuo en la colectividad nacional. Parecía ser justamente éste el sentimiento que le faltaba a los italianos para llegar a conseguir el rol de potencia europea. En este ámbito, los nacionalistas auguraron que una guerra, «la más gigantesca manifestación de vida», llevaría a través del sacrificio de los hijos a la consagración de la sangre.

En la primera posguerra retomaron en gran medida la edificación de monumentos y las repetidas celebraciones: el culmen fue el viaje por ferrocarril de los restos del «Milite Ignoto», que desde las trincheras de las fronteras nordorientales llegaron, con numerosas etapas, hasta Roma, donde fueron enterrados en el «Altare della Patria» con la presencia de las máximas autoridades y de la multitud. Como recuerda el autor, el clima patriótico provocado por las fuerzas conservadoras de la Italia todavía liberal contribuyó a favorecer la propaganda del fascismo, que de movimiento marginal pasó a ser en tres años el detentador del poder.

El gobierno Mussolini empezó pronto a emanar disposiciones con el objetivo de multiplicar lugares, símbolos y manifestaciones ligadas a los cultos de la «religión política» del nuevo poder, que absorbió en poco tiempo la «religión civil» de la tradición liberal: el *Fascio Littorio* fue impuesto como emblema del Estado al lado del blasón sabauda. El volumen ofrece una información puntual sobre el significado de la nueva efigie oficial: se quiso retomar su sentido religioso presente en la tradición sagrada de la romanidad y exaltarla como símbolo de unidad, fuerza, disciplina y justicia. El Littorio estuvo presente en cada localidad italiana, también pequeña, pero su reproducción se limitó exigiendo una especial autorización gubernamental; análogamente el *duce* limitó las frecuentes celebraciones de las glorias nacionales para ahorrarles tiempo a las instituciones públicas y, síntoma interesante, para «evitar el sentido de saciedad a las poblaciones» como afirmó él mismo en 1927. Ya había asumido el fascismo el control total de la sociedad, y su «espíritu religioso» podía pasar de la fase espontánea y casi pagana de la primera «comunión» escuadrista, bajo el lema del sacrificio y de la sangre, a la fase de la fe reglamentada por instituciones y dogmas codificados.

El autor examina también con atención las cuestiones internas de la «religiosidad fascista». Se comienza por el «estilo», constituido bien

por un traje visible, bien por una actitud de fidelidad, incluso vulgar, para llegar a la «romanidad», fundada sobre la misión universal e imperial del cristianismo. Se consideran además el «destino», en el sentido de deber histórico otorgado por una entidad suprema a la Italia fascista, y la «liturgia de masas», en cuanto momento de participación popular subordinada y basada sobre una adhesión fanática a los ritos oficiales. Gentile dedica capítulos importantes a la arquitectura fascista, que proyectó los «templos de la fe», y al culto de la personalidad del «nuevo Dios de Italia», culto recordado sin duda como el elemento más de relieve de la liturgia del régimen.

En la conclusión del trabajo, el fascismo es considerado como un fenómeno de modernización e insertado, de pleno derecho, en la época de la sacralización de la política, es decir, en este siglo que vio afirmarse regímenes totalitarios de izquierda y de derecha, todos con un fuerte contenido religioso de tipo secular.

elaudio Venza

REIS, JAIME: *(O)Atraso Económico Portugues em Perspectiva Histórica: Estudos sobre a Economia Portuguesa na Segunda Metade do Século XIX, 1850-1930*, Imprensa Nacional/Casa da Moeda, Lisboa, 1993, 253 pp.

Los estudios que contiene este libro estaban dispersos en diversas publicaciones (revista *Análise Social*, en particular); pero existe entre todos ellos una unidad temática: la economía portuguesa de la segunda mitad del siglo XIX. Y, también, un análisis común que se asienta en la cuantificación de las variables que pretenden mostrarse y en los presupuestos teóricos que se manejan, que son los de la «New Economic History». Precisamente el autor es uno de los más destacados cliómetras portugueses, junto con otros nombres como los de P. Lains, D. Justino, A. Nunes, M. E. Mata y N. Valerio, quienes ya han dado muestras de su revisión de la Historia Económica Contemporánea de Portugal en trabajos valiosos.

La razón de elegir este período viene dada porque es precisamente en él donde hay que ir a buscar buena parte de las raíces del atraso económico portugués, y no en los tiempos más recientes. Caso constatable bien en el período de entreguerras, donde las tasas de crecimiento de todos los sectores de la economía excedieron a los regis-

trados en Europa o América, bien en la aceleración que se produce desde la década de 1950 (Nunes, A.; Mata, E.; Valerio, N.: «Portuguese Economic Growth, 1833-1985», *Journal of European Economic History*, vol. XVIII, núm. 2, 1989, pp. 291-330. Lains, P., y Reis, J.: «Portuguese Economic Growth, 1833-1985: Some Doubts», *Journal of European Economic History*, vol. XX, núm. 2, 1991, pp. 441-453).

Las primeras hipótesis sobre las causas del atraso portugués comienzan a establecerse a finales del siglo XVIII en las *Memorias* de la Academia Real das Ciências de Lisboa y se continúan las reflexiones en el siglo siguiente a través de las obras de A. Herculano, Oliveira Martins, Rento Carqueja, Antero de Quental, etc., entre los más notables y conocidos. Precisamente entre 1970 y 1980 los factores del atraso económico lusitano volverán a marcar la pauta de las investigaciones en el campo de la historia económica.

Por otra parte, desde una perspectiva moderna y comparada, única a partir de la que tiene sentido abordar la problemática del atraso económico, la época que abarca la segunda mitad del ochocientos resulta paradigmática por cuanto a Portugal se refiere. Pues es precisamente aquí en donde se observan las mayores disonancias respecto al entorno externo que le rodea. ¿Por qué no se aprovecharon los impulsos externos que el contexto económico internacional le deparaba para crecer? Fue, además, una época poco convulsa desde el punto de vista político, de cierta estabilidad social y de importantes modificaciones operadas en el mercado y en los factores de producción: Desamortización; Ley de Sociedades Anónimas; establecimiento de infraestructuras -carreteras, ferrocarriles- e instrucción pública. Hasta el momento existen tres grandes hipótesis interpretativas, consideradas clásicas, que han sido utilizadas para dar una aplicación sobre este «atraso»:

1) Dependencia externa. Portugal fue forzado a especializarse en productos procedentes del sector primario (vino, pieles, sal, etc.), una buena parte de los cuales iban destinados a un mercado dominante, como era el inglés, que tenía un tratado muy beneficioso para sus productos industriales desde 1810. La ausencia de una política arancelaria (Portugal importaba productos industriales ingleses), que resguardara el mercado interior para los productos manufactureros propios, impidió el desarrollo industrial portugués (Sandro Sideri,

Comércio e Poder. Colonialismo Informal nas Relações Anglo-Portuguesas, Cosmos, Lisboa, 1978).

2) La estructura de la propiedad de la tierra. La distribución de la propiedad del Antiguo Régimen es alterada y consolidada con modificaciones sustanciales tras las reformas liberales. En el Sur se concentró la propiedad en pocas manos (*montados* = latifundios), a la par que en el Norte persistió una fragmentación y dispersión excesiva. Consecuencias en uno u otro caso: bajos rendimientos por hectárea cultivada, fragmentación del mercado, escasa capacidad innovadora en los métodos de cultivo, descapitalización, y, por tanto, exigua renta campesina. La industrialización, en estas circunstancias, sólo podía arrancar con profundos desequilibrios económicos y sociales (Miriam Halpern Pereira, *Livre-Cambio é desenvolvimento Económico: Portugal na segunda Metade do Século XIX*, Cosmos, Lisboa, 1971).

3) Las estructuras sociales y mentales de la época no eran las adecuadas para propiciar las profundas transformaciones que requerían las innovaciones agrícolas, industriales y de transportes. A pesar de las reformas efectuadas en el poder de los grupos dominantes anteriores, todavía su profunda influencia perduró durante largo tiempo. La burguesía, por otro lado, era escasa, estaba dividida, y también permanecía indecisa para cambiar las actitudes y comportamientos adquiridos junto a la aristocracia tradicional, con la que, por lo demás, había pactado para realizar la transición. La fracción más importante dentro de esta clase social estaba ligada al comercio exterior y ni quería ni le interesaba promover la industrialización (Joel Serrão e Gabriela Martins, *Da Indústria Portuguesa: Do Antigo Regime ao Capitalismo*, Horizontite, Lisboa, 1978).

Sin excluir ninguna de estas interpretaciones generales se llama la atención, tomando como base las temáticas analizadas en los seis apartados de que consta el libro, sobre el problema de las limitaciones del mercado interno portugués y los límites que éstas imponían al crecimiento industrial. La escasez de la industria transformadora ligada al sector primario (conservas, corcho, vinos); los efectos del proteccionismo cerealista en la capacidad de compra de los económicamente más débiles; la difusión de la maquinaria agrícola en la región de la gran propiedad (Alemtejo); la influencia de la escasez de capital humano en el atraso industrial; la optimización de los bene-

ficios a través de José María Eugenio de Almeida, un capitalista de la *Regeneração* (1851-1890).

En definitiva, siempre resulta saludable ver discutidas y analizadas desde otros supuestos unas hipótesis que, tras un establecimiento muy prolongado, a veces se tornan en tesis sin haber mostrado su virtualidad en un determinado proceso histórico.

Joaquín del Moral Ruiz

ARTOLA, MIGUEL (dir.): *Enciclopedia de Historia de España*. Volumen 6: *Cronología. Mapas. Estadísticas*. Volumen 7: *Fuentes. Índice*, Alianza, Madrid, 1993, 1.241 y 853 pp.

Entre los años 1988 y 1993 han aparecido los siete volúmenes que componen esta magna obra de consulta que ha proyectado, alentado y dirigido el profesor Miguel Artola. Nos corresponde aquí hacer unos comentarios críticos sobre los volúmenes aparecidos en el año 1993, es decir, los dos últimos, que han visto culminar la publicación. Para el lector que no haya tenido contacto anterior con la obra no será inútil advertir que su composición se reparte de forma que sus tres primeros volúmenes constituyen una verdadera enciclopedia de grandes temas historiográficos; los volúmenes cuarto y quinto se dedican a Diccionario Biográfico y Diccionario Temático, respectivamente. Por fin, los volúmenes sexto y séptimo, a los que vamos a prestar atención aquí, llevan los títulos de *Cronología. Mapas. Estadísticas*, el primero de ellos, y *Fuentes. Índice*, el segundo. Son aquellos en los que el carácter instrumental, «de consulta», adquiere una preeminencia casi absoluta, como es obligado. Son los que han de prestar, sin duda, mayores servicios a los especialistas y estudiosos en general que al público meramente interesado, al que seguramente le resultará más útil, por menos especializada, la información de los volúmenes anteriores.

El volumen correspondiente a la *Cronología. Mapas. Estadística* contiene primero una *Cronología* de unas 560 páginas, que cubre desde los primeros restos humanos encontrados en España hasta 1988, en que se cierra el trabajo. Una segunda y amplia parte de este volumen se dedica a lo que se llama en él *Estadísticas y Gráficos*. Se trata de 250 páginas más en las que se ofrecen tabulaciones, cuadros estadísticos y representaciones gráficas que se refieren a muy varia-

dos fenómenos y conjuntos de variables. Una idea de la variedad de las actividades y las magnitudes que se representan en estas estadísticas la dará el hecho de que se reúne en nueve grupos temáticos que van desde la Población, Salarios y Precios hasta la Iglesia Católica, pasando por diversas actividades productivas, finanzas, comercio y medios de comunicación política, lo que se titula «Medios del Estado», y, en fin, servicios públicos. Una tercera sección es la de *Mapas*, situada en este lugar del tomo a pesar de lo que indica el título, tratándose de una amplia colección de representaciones cartográficas de asuntos históricos que van desde el poblamiento hasta la representación territorial de entidades políticas, localización geográfica de instituciones, localización de hechos puntuales relevantes, etc. El orden seguido en la presentación de la cartografía es también el cronológico. Un apartado más es el titulado *Política: Personas e Instituciones*, que reúne desde genealogías de casas reinantes hasta listas de grandes cargos, desde los Presidentes de Consejo en el Antiguo Régimen hasta la composición de gobiernos y Cortes en los siglos XIX y XX. Una breve sección final es la dedicada a *Monedas, Pesos y Medidas*, que nos presenta el asunto referido, sobre todo, a su realidad antes de la adopción del sistema métrico decimal. En todo caso, la parte comienza con una somera exposición de diferentes calendarios.

El volumen 7 y último de la serie contiene dos grandes partes: una dedicada a las *Fuentes* para la Historia de España, y otra de casi doscientas páginas, las finales de la obra, al *Índice* general. La parte dedicada a fuentes tiene, a su vez, una completa estructura que separa en capítulos independientes los *mapas* y la *cartografía* conservada de tiempos anteriores, la *documentación* que guardan los repositorios del Estado, los de la Iglesia, las fuentes del Derecho español, las *fuentes estadísticas*, *libros y bibliotecas* y *prensa*. El último capítulo está destinado a presentar una breve *Historia de la Historiografía española* que ha sido compuesta por Antonio Morales Moya en cien páginas. La presencia de este trabajo no consta, pues, en el título del volumen.

A la vista de la somera descripción que precede, cualquiera puede tener una idea de la variedad y la utilidad de los servicios que al profesional de la historiografía, al estudiante o al simple, pero culto, curioso han de proporcionarle estos volúmenes y la *Enciclopedia de Historia de España* en su conjunto. Sin embargo, creo que no sería suficientemente ilustrativo referirnos al valor utilitario inmediato, a

la riqueza de la información ofrecida, sino que es preciso encuadrar todo ello en alguna coordenada más. En efecto, una obra de este tipo es además -esté plenamente conseguida o no lo esté tanto, contenga lo que debe tener o deje fuera algo importante- una muestra de madurez en el propio estado de la disciplina a la que sirve. La cantidad de medios auxiliares puesta a disposición del deseoso de evacuar una consulta rápida, del investigador, del especialista de materias afines, está en razón directa del desarrollo de la ciencia, y por ello esa cantidad de medios, presentes además en todas las bibliotecas de mediano porte, es muy notable en países de ciencia desarrollada, de lo que pueden ser ejemplos fácilmente comprobables los de Estados Unidos, Gran Bretaña o Francia. En los países de ciencia desarrollada este tipo de información es sometida, por lo demás, a una actualización rigurosa muy frecuente. No es éste, por desgracia, nuestro caso, y ello acrecienta el valor de una obra como la que reseñamos, en cuya composición se ha derrochado, como nos consta, tenacidad, paciencia y constancia, en un país tan reacio a las obras en equipo como el nuestro. Lo que cabe desear ahora es que esta obra no se convierta en un «clásico», irreplicable, que necesariamente ha de envejecer, sino que se transforme en la base de una información reverdecida con frecuencia.

Pero es también inevitable que una empresa de este tipo, incluso de la gran calidad de la presente, no responda en todos sus extremos y partes a las necesidades de conocimiento rápido que pueden presentarse en todos los ámbitos, como es inevitable también que el acopio de los materiales, su disposición, su origen, incluso, sean cosas siempre abiertas a soluciones alternativas. En lo que un comentarista de los aspectos generales de la obra, como es el caso, puede ya señalar de esas alternativas, yo querría referirme primero al tono generalmente volcado con preferencia hacia la *Historia Política* que presentan los volúmenes comentados. Así, de una Cronología que en su primera columna presenta bajo el rótulo «España» lo que son acontecimientos casi en exclusiva políticos y que equipara a ellos columnas -de información mucho más reducida- como «cultura» o «relaciones internacionales» -otro asunto político-- puede decirse sin hipérbole que tiene ese tono del que hablamos. Es cierto que una rotulación de ese tipo hace la Cronología más viable de componer, pero no la enriquece en modo alguno. Esta cronología, pues, nos secuencia asuntos bastante sesgados. Es incompleta y no está bien caracte-

rizada. Ese politicismo --empleando esta palabra con ausencia absoluta de cualquier matiz valorativo en ningún sentido-- casi exclusivo se acusa igualmente en los Mapas --en los que se representan, desde luego, fenómenos no políticos, pero en menor proporción que éstos-- y es, sin duda, el que orienta el diseño de una sección que se llama precisamente «Política: personas e instituciones». Es evidente que los aspectos histórico-culturales, sociohistóricos e, incluso, económicos están subrepresentados en la Cronología, la Cartografía y los cuadros generales institucionales y de personas.

La muy útil y completa sección de Estadísticas y Gráficos equilibra mejor la presencia de los aspectos históricos habituales en la sectorialización historiográfica; pero hay también una cuestión cuya funcionalidad es dudosa, como es la distribución adoptada de los materiales presentados. Las estadísticas y gráficos hubieran quedado más funcionalmente agrupados, a nuestro juicio, en secciones más homogéneas y diferenciadas: demográficas, económicas, sociales, jurídicas, políticas, como se hace en otras obras de este tipo, dentro de cada una de las cuales podrían haberse hecho las subdivisiones pertinentes, atendiendo a la sectorialización habitual. Así, por ejemplo, en el caso del conjunto de las estadísticas económicas. El hacer una sección de la Iglesia Católica, en particular, no deja de resultar curioso y parece producto de especializaciones de uso general restringido. La rotulación «Medios del Estado» parece también muy particular. Pero posiblemente el reparo mayor que haya de ponerse a esta parte en general es que, haciendo un uso considerable de *fuentes estadísticas* de primera mano, con más frecuencia de la deseable se recurre a elaboraciones de autores recientes. En una obra de este tipo hubiera sido de mucho agradecer un esfuerzo de acopio de fuentes y de elaboración de representaciones más de primera mano.

El volumen 7 presenta informaciones de un interés mucho más atento al especialista y al estudioso y estudiante de la Historia española. Este carácter de información más elaborada le da al último volumen un tono, digamos, menos «ingrato» que el anterior. Toda una importante parte del volumen es, en realidad, una *Guía de Fuentes*, instrumento del que en modo alguno andamos sobrados y que aquí se ha elaborado con intervención de muchos especialistas y con un criterio muy estimable de presentar análisis no sólo de las fuentes, sino de su contexto histórico. Dice Pérez Ledesma en el Prólogo del volumen que el criterio seguido es, efectivamente, el de complemen-

riedad con las acostumbradas Guías o Catálogos de repositorios documentales, bibliotecas o hemerotecas. Que se dedique atención especial a la prensa es ya una señal de la novedosa concepción de esta parte.

Pero en lo que el criterio de presentación de las fuentes resulta más relevante es en el hecho de que, de acuerdo con los preceptos más recientes de la Archivística, aquélla se haga tomando como eje la entidad y características de los *productores de la información*. De ahí que se incluyan capítulos diferenciados para la documentación del Estado y de la Iglesia. Este criterio, no obstante, aparece amalgamado con aquel otro que atiende a la naturaleza material de las fuentes; y así, junto a las fuentes del Estado y de la Iglesia, se colocan capítulos sobre las fuentes cartográficas, las estadísticas, las bibliográficas -parece un pleno acierto que la obra considere que los libros son «fuentes» y que las bibliotecas forman parte de los repositorios de «fuentes»- y las hemerográficas. Esa falta de claridad taxonómica me parece, sin embargo, negativa y hasta desorientada. La «teoría» de las fuentes para la historia de España aparece así, a nuestro juicio, desconectada y no coordinada debidamente con lo que se presenta en otras partes de la Enciclopedia -las Estadísticas y Gráficos, por ejemplo-. No hay en la Enciclopedia, lo que hubiera sido deseable, una mínima exposición, un texto explícito, de lo que debe entenderse por fuentes de la Historia de España, y de la clasificación posible de ellas. La diferencia entre fuentes «del Estado» y «fuentes jurídicas» es todo menos clara, y en este segundo caso se ha permitido que el término «fuentes» se aplique «en la forma habitual entre los juristas», lo que, a nuestro juicio, no es apropiado.

La parte dedicada a las fuentes se presenta así como muy rica en información, que no dan, por supuesto, las colecciones fontales clásicas conocidas, pero adolece de una sistematización algo arbitraria, poco articulada y, desde luego, nada «formativa». Los propios criterios de los diversos autores acerca de lo que deben exponer como presentación de fuentes son muy divergentes y el conjunto se resiente de ello. Incluso la ordenación de los capítulos mismos parece también mejorable.

El esbozo de Historia de la Historiografía española que ofrece el profesor Morales Moya es, sin duda, interesante, pero, además, por la propia relevancia del asunto en una obra como ésta, la alusión a esta parte debería haber figurado, a nuestro entender, en el título del

volumen. El mérito mayor de esta contribución se concentra en su aporte a aquellas zonas de la historia de la historiografía española que menos han sido roturadas hasta ahora, y ello ocurre, en general, en mayor medida cuanto más nos acercamos al tiempo reciente. El capítulo acerca de la historiografía ilustrada muestra bien el trabajo previo del autor sobre el siglo XVIII. La historiografía forma parte íntegramente del proyecto ilustrado. Cuando entramos en la historiografía contemporánea española, a partir del romanticismo, el estudio de Morales puede apoyarse en general en algunas obras previas sobre el significado de la «historiografía de la contemporaneidad», que, junto al interés mismo de la época y al dominio con que el autor la trata¹ hacen esta parte de su contribución sumamente atractiva. No obstante, y como cabía esperar, sus enfoques y enjuiciamientos sobre la historiografía que podemos considerar «vigente» pueden no ser enteramente compartidos.

No es necesario insistir, en consecuencia, que la terminación de *Enciclopedia* es un logro que los profesionales y el público en general deben agradecer como la contribución más útil a la cultura instrumental que se ha hecho, al menos desde el campo de la historiografía, en el último decenio. Producto de un depurado diseño -con posibilidades alternativas, sin duda- y de un esfuerzo notable en la ejecución, la obra prestará servicios de manera insustituible. El deseo que expone al final de su Prólogo el profesor Pérez Ledesma, de que la obra sirva para que en ella el profesional encuentre la información que precise y el curioso satisfaga su curiosidad, queda sin ninguna duda plenamente alcanzado con esta empresa que refleja muy bien el trabajo y el tiempo que han sido precisos para llevarla a cabo.

Julio Aróstegui

PIQUERAS ARENAS, JOSÉ ANTONIO: *La revolución democrática (1868-1874). Cuestión social, colonialismo y grupos de presión*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1992, 848 pp.

El libro fue publicado con fecha de 1992, pero se distribuyó el pasado año, hecho que justifica su inclusión en este número monográfico. El estudio culmina una coherente línea de investigación en la que el autor optó por la alternativa teórica del materialismo histórico. Su interpretación global considera que -tras la inicial fase

«antifeudal» de la revolución burguesa- la «burguesía», identificada con el moderantismo político, defendió sus intereses de clase dominante monopolizando el nuevo Estado durante el período 1843-68 (frustrando la vía «democrática» en 1843 y 1856). La revolución de 1868 representó un cambio brusco en las tan favorables relaciones que la burguesía mantenía con el poder político: del enfrentamiento entre las «fracciones» burguesas, la burguesía moderada perdió sus canales de influencia directa sobre el Estado en beneficio de la «pequeña burguesía» (capas medias), cuyas diferentes fracciones se revelaron en el ejercicio del poder. El período 1868-74 constituyó la fase más genuina de la «revolución democrática» durante la cual se emprendió desde el Estado una serie de reformas radicales que, aun cuando profundizaban en ciertos resultados de la revolución burguesa y en la eliminación de «pervivencias feudales», representaban una amenaza —en la coyuntura del Sexenio- para los intereses económicos de la burguesía. Por otra parte, el período conoció la formación de la clase social antagónica: la «clase obrera» consciente y organizada en la Internacional, cuya acción sindical cubrió tanto la lucha económica a través de las huelgas como la lucha revolucionaria; alcanzando la «lucha de clases» su momento más relevante en la insurrección cantonal de 1873, durante la cual —en Valencia- una parte de los internacionalistas participó en la frustrada toma del poder que promovieron los republicanos intransigentes.

El objeto central de la investigación es, no obstante, la caracterización sociológica de la burguesía valenciana y la profundización en el análisis dinámico de su articulación organizativa como grupo de presión sobre los poderes del Estado durante el período 1868-1874. La burguesía para defender sus intereses (coloniales, fiscales, agrarios, etc.) movilizó sus recursos con el fin de frenar las reformas más adversas que sucesivamente promovieron desde el gobierno los progresista-demócratas, los radicales y, por último, los republicanos (éstos también desde el ayuntamiento de Valencia); es decir, la pequeña burguesía. Aunque una parte de la burguesía valenciana se integró muy pronto en el movimiento alfonsino, fue el criterio de salvaguardia de sus intereses de clase lo que la llevó, finalmente —tras ensayar ciertas aproximaciones a los monárquicos conservadores más afines, unionistas y constitucionalistas-, a conspirar y participar directamente en la trama civil del triunfante pronunciamiento de Sagunto que cerró el largo ciclo revolucionario burgués. Las traumáti-

cas experiencias de las insurrecciones de 1869 y 1873 –y sus represiones- favorecieron, igualmente, el que la burguesía valenciana reaccionase buscando garantías de orden social que sólo terminó encontrando en el proyecto de la Restauración.

Es de resaltar que el estudio es rico en hipótesis y contiene acertados análisis políticos, elaboradas argumentaciones basadas en una excelente documentación y, sobre todo, revisiones de hechos que alcanzan sus mayores logros al establecer los intereses coloniales y esclavistas de la burguesía valenciana, pero también al esclarecer aspectos sobre el movimiento obrero o la gestación del golpe de estado alfonsino.

La interpretación general del período se basa en un enfoque marxista que no ha tenido en cuenta las insuficiencias que en él han señalado otras alternativas historiográficas. La teoría adquiere en la investigación una excesiva autonomía, los resultados nunca matizan sus generalidades y sólo concretizan aquélla en la realidad histórica. Desde su hipótesis inicial («la Restauración, objetivo en el que está interesada la burguesía española, es el resultado de la acción específica de una fracción de aquélla, la valenciana»), la investigación acentúa las singularidades del caso particular valenciano hasta casi convertirlo –quizá sin pretenderlo- en uno especial. Realmente, el trabajo supera los límites de un «estudio de caso» –consideración que permitida generalizar algunos resultados, justamente aquellos que no son de naturaleza especial- y los de una mera aportación de elementos de historia local destinados a facilitar la comparación.

Dado que el caso valenciano está acorde con la teoría general y constituye un «modelo a contrastar con la generalidad española», me es suficiente para remitir aquí a las críticas que ha recibido el modelo de «revolución burguesa». No obstante, haré algunas consideraciones puntuales. El enfoque marxista de las clases sociales es poco útil para explicar un fenómeno político de lucha por el poder de las características de la revolución de 1868, donde los actores del cambio son grupos, con diferentes recursos e intereses, no identificables con clases sociales y que tienen como común denominador su vinculación a los partidos de oposición al régimen o, en otro orden de cosas, el ejercer un control-políticamente rentable- sobre amplias capas de la población que resultan movilizadas por su acción revolucionaria. Si pasamos al fenómeno cantonal de 1873, una vez que se admite la existencia de dos partidos republicanos, el intento de toma

del poder local por los «intransigentes» -vertebrado sobre la milicia civil- y, por último, la baja extracción social de los milicianos -consideraciones todas más que aceptables-, cabe preguntarse por el alcance de la distinción entre unos milicianos representantes de las dases asalariadas *no conscientes* (una mayoría, controlada en buena parte por los intransigentes) y otros representantes de las *conscientes* (una minoría, controlada por los dos grupos «internacionalistas»); pues, subrayada su común naturaleza social, dicha división sólo indica la existencia de dos —o, más exactamente, tres- nuevos grupos antigubernamentales de diferente ideología y esto únicamente explica fenómenos políticos como el de que los primeros estuviesen dispuestos a reprimir la insurrección internacionalista de Alcoy y los segundos no. Quizás habría que valorar los inconvenientes de la terminología marxista que implica un lenguaje de clases sociales para describir una interacción entre actores políticos.

Por último, la articulación entre las diferentes fracciones burguesas y políticas plantean algunos interrogantes que no se resuelven: el análisis sociológico de la pequeña burguesía progresista y republicana no es objeto de la investigación —tan sólo lo es una parte de su acción política- y la fracción burguesa de origen unionista queda ligada en el caso valenciano —desde el principio-- a la de la burguesía moderada (desenfocando la cierta continuidad que a nivel nacional proporcionan los elementos procedentes del unionismo entre el reinado de Isabel II, el período revolucionario y la Restauración).

Gregorio de la Fuente Monge

FORNER MUÑOZ, SALVADOR: *Canalejas y el Partido Liberal Democrático*, Ediciones Cátedra-Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Madrid, 1993, 182 pp.

El presente estudio se enmarca en el campo de la biografía política, con la confesada intención de brindar un análisis de un período de nuestra realidad histórica, tomando como eje la individualizada trayectoria de un determinado personaje. El profesor Forner reflexiona sobre los cambios acaecidos en los últimos años, y dentro de nuestra más reciente historiografía, en la actitud respecto a este género de estudios, en el que se ha registrado un radical giro desde una posición de abandono hasta el actual creciente interés por el mismo, ser-

vido no sólo por la reciente abundancia de obras al respecto (Alvarez Junco: *El emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, 1990; Santos Juliá, *M. Azaña. Una biografía política*, Madrid, 1990; Tusell y Calvo, *Giménez Fernández, precursor de la democracia española*, Madrid, 1990, entre otros), sino por la renovación metodológica sufrida por aquéllos, que ha permitido un nuevo tipo de biografía, distinta a la tradicional, en que sin abandonar valores ya asentados del género se trata de combinar el «enfoque estrictamente biográfico con métodos de análisis social y político», con vistas a permitir un «tratamiento narrativo y a la vez estructural en el estudio de las individualidades históricas».

El autor justifica el interés del estudio sobre Canalejas -como destacado hombre público ubicado en los intentos reformadores desde dentro del sistema de la Restauración- en el hecho, por un lado, de la significativa incompreensión que en amplios sectores políticos despertó el pensamiento y acción de dicho personaje y, por otro, por la «modernidad y sentido de oportunidad» que, a su juicio, tuvieron en el momento sus criterios, en orden a la evolución hacia una sociedad «democrática y equilibrada», cuestión de tanto más valor cuanto que sucesos históricos de nuestros días, y bien recientes, han venido a mostrar la «superioridad política y moral del Estado liberal y democrático».

El presente estudio no abarca el completo período de la singladura política de Canalejas; se ciñe al segmento 1900-1910, deteniéndose en las puertas de la actividad gubernamental liderada por el político alicantino, y trágicamente interrumpida, que se proyecta hasta 1912. El período elegido corresponde al inicio del protagonismo y maduración del pensamiento de Canalejas en el tránsito al siglo XX, sirviendo como una confesada primera aproximación a la figura del político liberal.

La obra se articula partiendo, como una referencia, de un análisis de historia comparada, en que se trata de fijar el balance obtenido en Inglaterra, Francia e Italia, en el momento del tránsito a la presente centuria, en los tres grandes desafíos con que se encontró el liberalismo en aquella crucial circunstancia: el intervencionismo social, la laicización del Estado y la democratización política. Horizonte que se utiliza tanto para introducir y enmarcar el pensamiento y acción reformista de Canalejas, como para situar, por contraste, la peculiar evolución sociopolítica de la España de la Restauración respecto de la Europa occidental.

El análisis propiamente dicho sobre la figura del político alicantino se vertebra sobre dos grandes aspectos. Por un lado, el estudio de su ideario en las siguientes vertientes: posicionamiento respecto al sistema político de la Restauración, intervencionismo estatal y «cuestión obrera», democratización política y «cuestión religiosa», con la proyección de esta última en el problema de la enseñanza. Por otro, y en el marco de la crisis del Partido Liberal tras la desaparición de Sagasta, el estudio del desarrollo de la disidencia canalejista, la experiencia del Partido Liberal Democrático y la tensión con Moret; análisis que sirve para conocer mejor la historia e índole del fraccionamiento de los partidos turnistas tras el fallecimiento de Cánovas y Sagasta.

Más allá de estas aportaciones, este interesante, sugestivo y cuidado estudio contribuye a dejar en el lector la idea sobre la compleja capacidad del régimen de la Restauración para responder a los nuevos desafíos sociopolíticos, y las limitaciones del régimen de la Monarquía *doctrinaria* de 1876 para, más allá de la probada eficacia del sistema *turnista* en orden a pacificar a la familia liberal, responder a los nuevos retos de democratización efectiva del régimen, laicización y superación del liberalismo no intervencionista. La tensión vivida por Canalejas, atrapado en la fidelidad a la flexibilidad del sistema constitucional canovista y en las redes clientelares, y donde sus apelaciones a la movilización popular eran capitalizadas, finalmente, por las fuerzas políticas de fuera del sistema, son todo un símbolo de las efectivas limitaciones de una reforma desde dentro del régimen de la Restauración.

Juan I. Marcuello Benedicto

MARTÍN, B.: *Los problemas de La modernización. Movimiento obrero e industrialización en España*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1992, 803 pp.

La formación lenta y problemática de los sindicatos en España es, junto a su escasa representatividad institucional y las bajas cotas de afiliación, un rasgo característico del sindicalismo histórico que habitualmente se pone en relación directa con el bajo nivel de la industrialización española. A una estructura industrial débil, muy localizada y no competitiva, ya un gran predominio de las actividades agrí-

colas, con algunos de sus sectores en crisis permanente -rasgos característicos de un proceso general que no produjo transformaciones espectaculares en la estructura social-, correspondió un proceso lento de formación de la clase obrera, un notable retraso en la aparición de la sociedad urbana, arcaísmo en la mano de obra y muy poca amplitud en el mercado de trabajo. Todo ello, en su conjunto, sugiere una especie de círculo vicioso en el que la rentabilidad económica, proporcional a la poca competitividad industrial, el paro y los bajos salarios, eran elementos equidistantes del conflicto social. De ello parte Benjamín Martín en su libro para abordar el proceso difícil de modernización que recorre nuestro país desde finales del siglo pasado hasta los epílogos -así denomina el autor a un capítulo final- de la Guerra Civil y el franquismo en el que se inserta el movimiento obrero y sindical.

El libro, como síntesis voluminosa, no aporta novedades sustanciales a lo ya conocido e interpretado por la historiografía anterior; pero ofrece, en cambio, la integración de elementos de índole muy diversa que confieren solidez a la exposición. El movimiento obrero en el libro de Martín se inscribe dentro del proceso general de formación de la clase obrera en el escenario de las transformaciones económicas, políticas y de mentalidad que se producen en España desde finales del XIX hasta después de la Guerra Civil. El desarrollo de técnicas aplicadas a la producción industrial y agrícola, la integración problemática de los trabajadores en la política, la reforma social, la acción de la Iglesia, las relaciones laborales y las mentalidades y conductas que trascienden el ámbito de lo laboral, aunque no son en absoluto ajenas a él, forman parte del proceso y como tal están tratados. Sus fases de evolución están marcadas, en consecuencia, por la interacción de esos agentes, de tal manera que los inicios del sindicalismo no aparecen en relación con elementos doctrinales o de ideología, sino dependientes de una infraestructura industrial raquítica, incapaz de producir cambios y transformaciones sustanciales en los comportamientos sociales de las burguesías.

La lentitud en la formación del sindicalismo, la debilidad de su representatividad están en relación a la limitada capacidad de reivindicación y de presión de los trabajadores ante los patronos y los representantes del Estado. La orientación de las organizaciones obreras, los modelos diferentes de sindicalismo que desde finales del XIX hasta aproximadamente 1910 (como fecha emblemática de la crea-

ción de la CNf) y de ahí en adelante se fueron conformando como moderadas y radicales, respectivamente, no fueron independientes de un proceso de no integración en el que jugaron un papel importante las expectativas frustradas de las organizaciones obreras cuando el Estado, al que atribuyeron la responsabilidad de la protección, no garantizaba el arbitraje en los conflictos. A su vez, la diferente conformación de las estructuras orgánicas de UGT y CNf -tanto en lo local/provincial como en la vertebración de sus respectivos organismos nacionales- correspondía a esa orientación progresivamente distante.

Desde los gobiernos se demoraron las respuestas políticas adecuadas a la gravedad de los problemas sociales. La reforma, cuando se puso en práctica, no logró neutralizar la presión de los sectores obreros más radicalizados -sindicalmente identificados en su mayoría con la CNf- y tampoco consiguió la integración plena de otros sectores más moderados -la trayectoria de la UGT lo avala- condenando, en buena medida, al sindicalismo a los niveles de baja representatividad característicos de los años anteriores a la II República.

El fracaso de la reforma social en el marco del Estado de la Restauración fue responsabilidad compartida de todas las instancias políticas e institucionales. Los intentos de los conservadores tanto como los de los liberales por desarrollar el Derecho del trabajo en España, los proyectos de modernización en la protección y en la reglamentación laboral y de los conflictos, siendo como fueron planes de partido y de gobierno, no representaron, sin embargo, el papel de la acción del Estado en su conjunto. Toda la normativa desplegada en torno a las condiciones y a los conflictos del trabajo no reflejaba más que una parte de la necesaria acción del Estado en el espinoso asunto de la cuestión social. Aparte de aspectos específicamente normativos en relación a la coyuntura internacional (como es el caso de las normas reguladoras de jornada en 1919 y otras normas protectoras decretadas por la OIT, de la que España era miembro como firmante del Tratado de Versalles), lo cierto es que no se arbitraron los medios para que otras instancias derivadas, las encargadas de llevar a la práctica las normas o, al menos, de velar por ello, reflejasen efectivamente la acción —en este caso reformadora y protectora- del Estado en su conjunto.

Esa responsabilidad compartida de liberales y conservadores durante la Restauración es ampliable en la misma proporción a repu-

blicanos y a socialistas durante el primer bienio de la República y fue una responsabilidad política por más que la cantidad y recurrencia de los conflictos sociales obstaculizasen las vías de negociación legalmente disponibles. El esfuerzo reformador no pudo con una herencia demasiada pesada.

El hecho de que en el sindicalismo hayan predominado las estrategias del tipo que Hobsbawm denomina «de negociación colectiva por motín», de que la unidad o los pactos sindicales no hayan existido más que en coyunturas de pura emergencia política -1917, 1934, 1937- Y siempre con carácter limitado, y de que los sindicatos católicos -menos aún los libres o los «amarillos»- tuviesen un papel insignificante en el juego simbólico de ofertas y demandas intersindicales parece responder a los efectos del círculo vicioso, antes aludido.

Angeles Barrio Alonso

DI FEBO, GIULIANA, Y NATOLI, CLAUDIO (eds.): *Spagna anni Trenta: Società, cultura, istituzioni*, Franco Angeli, Milán, 1993, 421 pp.

Entre los muchos problemas estimulantes de la contemporaneidad española, sólo la Guerra Civil, con sus vínculos directos con la historia del antifascismo y del fascismo, ha suscitado en Italia un interés que va más allá del de los especialistas. También en este caso el conocimiento de la compleja realidad española estaba subordinada a un objeto político más emotivo y simplificado.

Una loable excepción la constituye este amplio volumen, que se sitúa en un reciente y prometedor filón de estudios basado en los encuentros y confrontaciones entre hispanistas de las dos penínsulas latinas. En este caso son recogidas las relaciones y comunicaciones presentadas en el congreso de 1991 promovido por el Departamento de Estudios Históricos del Medioevo a la Edad Contemporánea de la Universidad de Roma *La Sapienza* y por el Instituto Español de Cultura de Roma. La veintena de ensayos aquí publicados ofrecen una buena muestra de la historiografía sobre la Segunda República y Guerra Civil por parte especialmente de expertos italianos e ibéricos.

Las tres primeras contribuciones hacen referencia al vivo debate desarrollado en los años setenta en torno a la metodología de los estudios sobre los tormentosos años treinta en España. Claudio Natoli,

de la Universidad de Cagliari, recorre las etapas de una evolución positiva de los análisis históricos que se han ido emancipando de condicionamientos impuestos desde la memorialística, anclada en una visión rígida de los acontecimientos, y del reflejo, sobre el terreno de la investigación, de las motivaciones de los protagonistas y de las partes políticas en lucha. De esta manera han conquistado terreno los estudios sobre algunos aspectos problemáticos de España a partir de 1931: los procesos de modernización en varios sectores productivos, en particular en el agrario; las actitudes y las aspiraciones de individuos antes casi invisibles, como las mujeres; la explosión de las reivindicaciones de las fuerzas de trabajo, dentro y fuera de los sindicatos; el aumento de las peticiones de autonomía por parte de regiones cruciales como Cataluña o el País Vasco; la radicalización de los conflictos entre las alas extremas de las fuerzas político-sociales.

Sobre tales cuestiones, y sobre otras dos, para Natoli aún poco estudiadas (rol no uniforme de la Iglesia Católica, contrastes en la zona «nacional»), el volumen ofrece contribuciones de cierto relieve.

Según Gabriele Ranzato, docente de la Universidad de Pisa, conocido en España por la publicación del volumen sobre desarrollo industrial y sociedad civil en Sabadell durante el siglo XIX, es esencial, después de más de cincuenta años de estudios sobre la Guerra Civil española, reconsiderar algunos criterios metodológicos. Para él se trata sobre todo de insertar la guerra en el interior de la historia española de los siglos XIX y XX. Esto significa que los acontecimientos precedentes al 18 de julio de 1936 no pueden ser expuestos solamente como «antecedentes» de un inevitable conflicto armado surgido a partir de insalvables contrastes de naturaleza interna. En efecto, en buena parte el largo desarrollo de la guerra es el resultado de una confrontación de potencias sobre el plano internacional. Por ejemplo, la ayuda de Italia y Alemania a Franco evitó el fracaso de los golpistas.

Otra observación de Ranzato se refiere a la inclusión de la contienda española en el contexto de las guerras civiles en la Edad Contemporánea (tema de un importante congreso internacional realizado en Barcelona hace un año). Esto implica varias consideraciones sobre la coexistencia de múltiples líneas de mutua agresividad: no es fácil separar los motivos personales de aquellos políticos en los estímulos de los adversarios, sobre todo cuando se examina la dimensión local del choque en el cual las interpretaciones macropolíticas muestran sus propios límites.

Criticas

En la tercera aportación metodológica, Enric Vcelay Da Cal se compromete en un largo *excursus* con las interpretaciones del concepto de «cultura popular» antes de afrontar el sentido de esta definición en la fragua de luchas y de choques en los años treinta en España. El punto de llegada de su articulado razonamiento, influido por muchas sugerencias antropológicas, consiste en revelar las notables semejanzas entre las culturas militantes de los «rojos» y de los «nacionales», que tendían las dos a restituir la autenticidad al pueblo, mientras que eran expresión de un reducido número de intelectuales comprometidos. En este sentido viene criticado quien, como Tuñón de Lara, ha considerado la Guerra Civil como lucha entre dos modelos de cultura, porque esto significaría mantener la sacralización del intelectual, en este caso antifascista, como intérprete de la justa cultura popular.

La reducción, o la anulación, de las diferencias entre los dos adversarios puede suscitar más de una perplejidad; sin embargo, se deben considerar ciertos rasgos comunes, por ejemplo en la propaganda, generados por las exigencias militares semejantes como consecuencia del largo conflicto. Desgraciadamente, la falta de publicación por motivos editoriales de las notas sobre textos o hechos apropiados para comprobar la hipótesis interpretativa priva a este escrito «provocador» de confrontaciones positivas.

Entre los ensayos válidos sobre instituciones y movimientos políticos y sociales publicados en este volumen deben señalarse al menos tres, por la originalidad del tema y la consistencia del desarrollo.

Mary Nash considera los intentos de la «nueva moral sexual» propagada, a partir de principios de siglo, por parte de algunos sectores del anarquismo ibérico sensibles al higienismo y a la formación integral humana. Los ambiciosos objetivos del movimiento por la liberación sexual y la «desintoxicación» de los tabúes de la educación religiosa fueron, según Nash, sólo parcialmente logrados. A pesar de la larga difusión de folletos y revistas de «autoeducación», la mayoría de los militantes libertarios, obreros y campesinos, continuaba anclada en costumbres sustancialmente puritanas. Particularmente notable es el ingreso en España, por esta vía, de las teorías freudianas sobre la formación de la sexualidad en los primeros años de vida del niño.

Walther Bernecker analiza los límites de la reforma agraria de 1932, terreno de verificación de las contradicciones y de la ambigüe-

dad de la clase dirigente republicana. El desacuerdo sobre los principios fundamentales, oscilantes entre la formación de pequeñas y medianas propiedades privadas (bien vistas por los republicanos y después por los comunistas) y de haciendas colectivas (apoyadas por los socialistas y, con un sentido distinto, por los anarquistas), y también la previsible resistencia de los propietarios a la explotación (por otra parte muy limitada) acabarán por hacer fallar el experimento y por dejar mano libre, a partir de febrero de 1936, a las ocupaciones de los braceros de tierras no cultivadas, y no sólo de éstas. Son interesantes las observaciones, retomadas de los trabajos de Santos Juliá, sobre el rol del Ministerio de Trabajo que hacía las funciones de apéndice del sindicato socialista de la UCT y que se ocupaba, también en el campo, de colocar los propios socios y de aislar y debilitar el sindicato competitivo, y extrainstitucional, de la CNT.

Antonio Elorza presenta algunas personalidades y tendencias del fascismo español de 1931 a 1936, poniendo en evidencia sus raíces en la cultura nacional, como es el caso de algunos jóvenes partidarios de Ortega y Casset, y la influencia del victorioso fascismo italiano. De esta manera Ciménez Caballero alaba a Curzio Malaparte, Ramiro Ledesma Ramos exalta la disciplina y la potencia de la Italia de Mussolini (y también de la Alemania de Hitler, e incluso de la Unión Soviética de Stalin), José Antonio Primo de Rivera recurre a la cita de Giovanni Centile («La libertad es libertad en el Estado») y busca el apoyo financiero de Mussolini durante el viaje de 1933 a Italia. Otro elemento puesto en evidencia por Elorza es la constante alternancia de la fuerte nostalgia por el glorioso pasado de la España católica e imperial y los ecos de una «revolución nacional» basada en un corporativismo modernizante.

En la parte dedicada a la relación entre Iglesia y sociedad española están incluidos importantes trabajos. Entre ellos se encuentra el de José Álvarez Junco, que investiga sobre las raíces del anticlericalismo valorizando el conflicto entre la revolución liberal surgida en Cádiz y el absolutismo clerical que reaccionará duramente a los peligros reales y presuntos. Por su parte, Miguel Batllori sigue la evolución de las relaciones, durante el primer semestre de 1936, entre las izquierdas laicas y marxistas, que conquistan la mayoría en las Cortes, y el episcopado español, que, casi al completo, se alinea con el frente de la conservación social y política. Aquí se encuentra la sustanciosa contribución de Alfonso Botti, docente de la Universidad de

Urbino, que resume los aspectos centrales del reciente volumen *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España* (1881-1975), dando una visión sintética de los múltiples significados e intereses que giran en torno a la ideología y a la práctica del nacionalcatolicismo. Se señala también la amplia reseña de Renato Moro, de la Universidad de Camerino, sobre los efectos del conflicto español en los ambientes católicos en Europa y en el mundo, divididos entre el apoyo abierto a los «nacionales» y la defensa de las posiciones filo-republicanas del clero vasco y de obispos aislados.

El último conjunto de escritos gira en torno al tema de las relaciones entre intelectuales y guerra. Alicia Alted Vigil aplica un enfoque diverso, si no contrario, a aquel «homogeneizante» de Ucelay Da Cal, revelando profundas diversidades entre las dos partes, y no sólo en el plano de la finalidad global. Según esta estudiosa, incluso los dos ejércitos eran sustancialmente diversos: unificado y jerárquico, el franquista; heterogéneo, rico y diverso, el republicano. Atento a las carencias de datos disponibles se presenta José Carlos Mainer, que de todos modos pone de relieve una notable precariedad en la inserción de los intelectuales en el tejido social de la España contemporánea. En realidad, según Mainer, faltan las investigaciones sectoriales indispensables para formular una verdadera historia de la *intelligentzia* española, se sabe poco sobre la conciencia nacional española de este siglo, y también sobre los datos institucionales de la producción intelectual (de las revistas a las editoriales), así como sobre la respuesta dada por los intelectuales «españolistas» y «universalistas» a los nacionalismos periféricos. Igualmente Mainer se empeña en examinar algunas fases de la intelectualidad contemporánea en España. Así se pone en evidencia la creciente importancia de los docentes universitarios, sean humanistas o científicos, dentro de la clase política republicana: el literato Manuel Azaña es sólo un ejemplo. Una vez más no faltan las referencias a la realidad italiana, con el vínculo establecido por Giménez Caballero entre Miguel de Unamuno, entendido como inspirador de Malaparte, y las confrontaciones entre Pirandello y Baroja, D'Annunzio y Gómez de la Serna, Croce y Ortega.

De igual manera en el contexto rico de tensiones y de ilusiones de la Segunda República, Mainer entrevé la inestable coexistencia de utopía populista y pragmatismo reformista, de radicalismo socializante y liberalismo nacionalista, componentes culturales de fuerzas sociales y políticas que lucharán ásperamente entre ellas durante los tres años de guerrafratricida.

Dos hispanistas italianas de formación literaria presentan trabajos estimulantes en esta sección. Donatella Moro Pini, de la Universidad de Padua, valoriza la figura de Ramón Sender, el escritor anticonformista e incómodo que durante años sufrió el ostracismo político, acompañado de contradicciones con el aparato del Partido Comunista durante y después de la guerra. Giuliana Di Febo, de la Universidad romana *La Sapienza*, examina tres casos de memorialística de protagonistas ligadas al exilio antifranquista: la anarquista Federica Montseny, la comunista Dolores Ibárruri, la radical Clara Campoamor.

Debemos considerar también con atención las breves observaciones de Darío Puccini, uno de los más célebres hispanistas italianos, sobre las recientes polémicas entre intelectuales defensores y críticos del famoso Segundo Congreso Internacional de los escritores por la defensa de la cultura de 1937, y también el estudio de Bianca Saletti, historiadora del arte, dedicado a los manifiestos, que concuerda con Ucelay Da Cal sobre los motivos iconográficos comunes de las dos propagandas.

Supera el período de la guerra y nos lleva hasta el interior de la atmósfera restauradora del franquismo, el escrito de Luciano Casali, de la Universidad de Bolonia, que recurre de nuevo a la nutrida serie de novelas «del corazón» producida por el régimen y destinada a restituir a la mujer al rol de complemento del hombre y de vestal del hogar doméstico en la general «limpieza ética» llevada a cabo por los vencedores.

elaudio Venza

AMALRIC, JEAN PIERRE, Y AUBERT, PAUL (eds.): *Azaña el son lemps*, Casa de Velázquez, Madrid, 1993, 481 pp.

En noviembre de 1990 se celebró en la villa francesa de Montauban un coloquio internacional sobre la figura y la obra de Manuel Azaña. Como consecuencia de ello, tenemos ya una magnífica edición presentada en lengua francesa con las ponencias de aquel Coloquio de desigual interés, como ocurre en casi todas las obras con varios —en este caso más de veinte— autores. Algunos de ellos coinciden en que el Presidente de la República durante la guerra civil de 1936 ha sido un hombre singular en la historia española del siglo XX,

sumándose en algunos juicios -cincuenta años después de su muerte- al tratamiento de mito democrático que ya comenzó en los años treinta. En este sentido, es posible observar en esta edición un esfuerzo casi generalizado por reivindicar la figura de Azaña (que ya hacen muy bien en nuestros días José María Aznar y Felipe González) para contrarrestar el discurso contrario -intelectual fracasado, traidor a la patria, jefe de las fuerzas del mal, desequilibrado peligroso- de sus adversarios políticos durante los años treinta (texto de Florence Belmonte) y el franquismo.

Se analiza la figura y la obra de Azaña a través de dos facetas que constituyen, a diferencia de otros hombres públicos de su época (Paul Aubert), una amalgama social. Es decir, un político intelectual y un intelectual político. Concibió la política como un ejercicio de la virtud. Y su labor de intelectual no puede desglosarse de una preocupación por reformar la vida social. Quizá se hallen precisamente las características de la obra de Manuel Azaña en los límites de su acción política a partir solamente de un ejercicio intelectual procedente de esa especie de laboratorio político que fue para Azaña el Ateneo (Villacorta Baños).

De su capacidad intelectual se resalta en esta edición su extraordinaria dedicación a la reflexión sobre los fenómenos sociales, como la España moderna (Joseph Pérez), la estructura militar francesa, la práctica política gubernamental; su brillantez estilista y creativa, a través de los diarios y otros textos literarios, de menor o mayor alcance. Todo ello, en suma, apegado a la realidad social que vivía, y de forma muy distinta a la creación de otros intelectuales mucho más renombrados que él.

Pero Azaña quiso desbordar su quehacer exclusivamente intelectual con su integración en la vida política hasta llegar a tornar las más altas responsabilidades en la gobernabilidad del Estado. En esta faceta de político cabría mencionar que lo fue como aspirante y gestor del poder. Según algunos autores de esta edición, Azaña tenía cualidades específicas para aspirar al poder en cuanto que gran orador, es decir, movilizador moral de la gente. Pero la conclusión que puede extraerse de los escritos de otros autores es que en su labor como gestor del poder —el hombre de Estado—, el político tenía escasa preparación y limitaciones anexas que impidieron, no el ejercicio de la virtud, pero sí el mantenimiento en el poder para llevar a cabo sus proyectos políticos de Estado. Manuel Azaña, por ejemplo, no se preo-

cupó demasiado, siguiendo la tradición republicana española (Suárez Cortina), de organizar un partido político que disciplinara la opinión, diera apoyo electoral y parlamentario a su proyecto (Espín Templado). También desestimó la formación de una corriente de respaldo a su favor en la prensa de la época (Jean-Michel Desvois). En otro sentido, Carlos Barciela y Michael Alpert señalan las limitaciones de dos de las grandes reformas llevadas a cabo directa o indirectamente por Azaña. En concreto, la reforma agraria fracasó en sus primeros años de aplicación, entre otras razones, por la falta de voluntad política de la coalición y el gobierno, destacando el desinterés de Azaña por la cuestión económica en general, y campesina en particular. A pesar de tratarla, la reforma militar de Azaña tampoco logró dos de los grandes objetivos diseñados: reducir al máximo el número de oficiales y crear un ejército de reserva, de carácter similar al existente en otros países europeos.

Quizá hubiera falta de capacidad política de Manuel Azaña para este tipo de labores, pero también es verdad que existía una administración —a la que Azaña intentó reformar también— que no era demasiado competente en los aspectos tratados. Pero ¿dónde está esa administración, y en general el Estado, en los análisis de los autores que hablan de Manuel Azaña como el prototipo de hombre de Estado? («el hombre de Estado más capaz de la España del siglo XX», Julio Aróstegui). Apenas existen comentarios sobre lo que los autores entienden por hombre de Estado, por Estado y por reforma del Estado. Cuando Tuñón de Lara, Julio Aróstegui, Manuel Aragón o Paul Aubert se refieren al proyecto azañista de reformar o «modernizar» el Estado, ¿a qué se están refiriendo? Modernizar —término al que casi todos aluden— precisaría un Estado español, anterior al de los años treinta, premoderno, no moderno o no suficientemente moderno. Lo cual es algo inexacto.

Entonces es posible que el proyecto de Azaña en cuanto al Estado versara fundamentalmente en lo que señala Paul Aubert: nacionalizar el Estado. Conseguir la coincidencia de las bases políticas institucionales con la nación. Como gobernante, Azaña pretendía encontrar los apoyos necesarios para llevar a cabo sus políticas en una parte de la clase obrera y lo que se denomina clases medias, puntales ambos de lo que se considera el pueblo o la nación española, en abierta contraposición a las bases sociales oligárquicas que, a juicio de los republicanos, habían gobernado el Estado desde el siglo XIX. Y ese cam-

bio de apoyos es lo que constituía una verdadera transformación del Estado respecto a épocas anteriores. Sin embargo, quizá Azaña no intuía que permitir que los obreros y los tenderos eligieran los gobiernos a través del voto y movilizar a la multitud a través de grandes discursos no era suficiente para mantenerse en el poder. Hacía falta que supiera cómo acaparar recursos para el Estado, que supiera cómo acabar con la autonomía de acción de la que disponía el ejército, lograr la obediencia de los funcionarios civiles y... cómo conseguir dinero, mucho dinero, que hasta entonces no llegaba a las arcas del Estado. De todo ello era o no consciente Azaña, pero lo que parece que no tuvo fue la conciencia de su propia incapacidad política y de la ajena para llevar a buen término alguno de esos proyectos. Quizá entonces el concepto de la política como ejercicio de la virtud no fuera suficiente. Quizá tampoco el sufragio universal y una actividad parlamentaria fundada en la intervención puntual del discurso demoleedor.

Es posible que la figura de Manuel Azaña fuera en algún sentido singular, como otras singularidades en la España del siglo XX: se crearon —y se reproducen en el presente— imágenes (Azaña imaginado) de monstruo —en todas las apelaciones posibles— de la política.

Rafael Cruz

LAÍN ENTRALGO, PEDRO, y otros: *La Edad de Plata de la Cultura Española. 1898-1936. Identidad. Pensamiento y Vida. Hispanidad.* Historia de España. Espasa-Calpe, tomo XXXIX, Madrid, 1993, 798 págs.

Son ya muchos los trabajos publicados sobre la cultura española en los primeros treinta y seis años del siglo XX, sobre todo en lo que atañe a la creación literaria de las generaciones del 98 y 27, así como la literatura social de los años treinta. De igual forma, conocemos bastante bien la creación intelectual de los grandes pensadores de esa época. Y todo ello quizá por dos razones muy unidas entre sí. En primer lugar, este período de 1898-1936 se estudia generalmente como la etapa preparatoria del gran cataclismo de 1936. Como si la cultura de este período fuera la cultura de la confrontación o, al contrario, la cultura de la modernización frustrada. En segundo lugar, la cultura de la etapa anterior a la Guerra Civil se estudia como reverso de la cultura oficial impuesta de la etapa franquista, utilizán-

dose como antecedente y hermana mayor de la cultura antifranquista que tendrá su esplendor editorial durante la transición, en los años setenta.

Así, como etapa preparatoria de la Guerra Civil, el prólogo de Laín Entralgo y los distintos textos de este nuevo tomo de la *Historia de España* iniciada por Ramón Menéndez Pidal nos acercan al fracaso de los intelectuales españoles en la tarea de reformar la vida española. El mismo Laín Entralgo lo explicita así, pero es la idea clave de los textos de Julián Marías, Pedro Cerezo Galán, Carlos Seco Serrano, Francisco Pérez Gutiérrez, José Román Flecha Andrés y José Luis Abellán. Un enfoque completamente diferente es el de Julio Caro Baroja. y es que el principal problema son las fechas límite de este estudio: 1898, tiempo de fracaso imperial-nacional, y, al final del recorrido, 1936 -«el frenesí de la alcoholización promovida por la propaganda y la violencia» (Marías)—, tiempo de fracaso nacional, corolario del anterior. El pensamiento entonces se sitúa en clave de crisis, no de creación, sino de aceptación por parte de las élites españolas y la población en general de las propuestas intelectuales para no negar a la confrontación violenta. Mientras sigamos viendo la Guerra Civil exclusivamente como el resultado de cuarenta o quizá de trescientos años de conflicto no será extraño que todo devenga en crisis y, por qué no, en fracasos.

y el fracaso de los grandes intelectuales no obsta para que se ensalcen en este libro sus aportaciones creativas como fórmulas políticas de primer orden. Su buena voluntad fue innegable, sus diagnósticos acertados, sus comportamientos públicos ejemplares. Pero no fueron escuchados. Fueron las élites en particular, y la sociedad española en general, la que, bien por intereses partidistas, bien por el analfabetismo imperante, hizo oídos sordos a los grandes intelectuales. Los españoles no quisieron aceptar su sustancial propuesta de llevarles por el camino de la «modernización», aunque nosotros, ahora, no separamos muy bien en qué consiste eso.

Los grandes intelectuales españoles de 1898 a 1936 eran media docena. Eso dan a entender la mayoría de los textos de este trabajo. No hay más que ver las ilustraciones del tomo para ver que por sus páginas se repiten siempre los mismos retratos. Y media docena que se resume en uno: José Ortega y Gasset. Ortega político, Ortega filósofo, Ortega escritor, Ortega moralista, Ortega religioso, Ortega americanista. Si hacemos caso del subtítulo del tomo, Ortega simboliza

la identidad, el pensamiento, la vida y la hispanidad españolas del primer tercio del siglo XX.

Pero los grandes intelectuales no eran todos los intelectuales de esta época. La gente sin poder recibía un discurso político —en el amplio sentido de la palabra— de muy amplias procedencias intelectuales. Las distintas identidades colectivas se construyeron desde extensas aportaciones que no pasaron directamente por las creaciones intelectuales de los «grandes». Basta repasar los periódicos, revistas, tiradas de libros, mítines, conferencias, alerías, canciones, películas, obras de teatro y otros espectáculos, pliegos de cordel... Es decir, que mientras en los análisis no se halle unida la creación intelectual, la divulgación de esa creación y su recepción, a través de las concepciones del mundo existentes, seguramente no sabremos qué papel jugaron los intelectuales, incluso los grandes.

Un ejemplo de todo ello podría situarse en torno al interesante trabajo de Francisco Pérez Gutiérrez sobre la vida religiosa en España durante el período que nos ocupa. Todos somos conscientes que la religión ocupaba un papel destacado en las mentalidades de los ciudadanos. Pero el mismo autor nos indica que la religiosidad popular es un campo prácticamente inexplorado. Es decir, que si bien conocemos hasta cierto punto la emisión de un discurso político por parte de la Iglesia Institución —a través de su centro, no por las parroquias ni por las instituciones más alejadas de la jerarquía católica—, poco sabemos de su impacto social fuera y dentro de la Iglesia Comunitad, aunque intuimos que fue muy grande con diferentes resultados.

En otro texto que lleva por título «España ante la historia y ante sí misma», Julián Marías nos ofrece su versión sobre el fracaso de la «identidad» española en esta etapa, resumiendo sus argumentos en esta frase: «Creo que la ruptura de la concordia (*sic*) se debió mucho más a la hostilidad de unos grupos sobre otros que a entusiasmo o afirmación de una tesis propia. Lo intolerable era lo que otros decían. La retórica del adversario parecía insoportable y llevaba a la violencia. Si no se entiende esto no se comprende esa fase de la historia española.» Y la culpa del fracaso de los intelectuales en la tarea de reforma se debió a la hostilidad de los políticos hacia ellos. En concreto, Azaña hablaba con desprecio «de los que eran enormemente superiores a él». Naturalmente se está refiriendo a Ortega.

El pequeño —una lástima— trabajo de Caro Baroja sobre la cultura popular se realiza a través del estudio de algunas de sus múlti-

ples transmisiones: plástica, gráfica, no escrita, el ocio, etc. El argumento principal del texto se cierne sobre los signos que muestran los cambios en las manifestaciones de cultura popular entre los años veinte y treinta, uniéndose así este campo al conocimiento de los cambios ya estudiados en la economía y la política. Hubiera merecido la pena que trabajos como éste tuvieran más espacio en tomos de *Historia de España* como el que comentamos.

Rafael Cruz

PRESTON, PAUL: *Franco. A biography*, Harper Collins, Londres, 1993, 1.002 págs.

Por azares de la fortuna, esta magna biografía no pudo negar a las librerías en lo que hubiera sido momento más oportuno, el centenario del nacimiento del dictador. En su lugar, las mesas de novedades se llenaron, salvo excepción, de obras menores, escritas con el evidente propósito de garantizar un fácil éxito de ventas. Ahora, cuando ha pasado un año del evento, aparece en inglés y de la manera menos oportunista la que, desde este mismo momento, es la más completa, y la mejor escrita también, biografía de Franco.

En efecto, la última obra de Preston es todo lo contrario de un trabajo apresurado. Una mirada es suficiente para calibrar la enorme cantidad de lecturas que constituyen los hondos cimientos de su libro. Preston conoce y maneja con soltura todo lo que de Franco han escrito familiares y compañeros de armas, diplomáticos y políticos, investigadores y ensayistas. En un ejercicio de búsqueda y acumulación de materiales que recuerda por su vastedad los esfuerzos de documentación y conservación de piezas raras que distinguieron la obra de Southworth, nada de lo publicado en torno a la persona de Franco parece haber escapado a la mirada de Preston.

Ese dominio le permite construir, como a golpes de cincel que van dando forma a su materia, la personalidad de su biografiado. Preston no hereda una imagen de Franco, no le obliga a adaptarse a ningún molde. Tomando una actitud activa, construye, modela. Sin duda, se percibe desde los primeros golpes que conoce el destino de su biografiado y que resalta, como es lógico, aquellos rasgos de su personalidad que le parecen más determinantes de su posterior evolución. Pero nunca ese futuro condiciona el presente, lo que da a su re-

lato el ritmo literario de un continuo hacerse: ante los ojos aparece el progresivo *making* de las distintas superficies que constituirán la cabal figura del personaje: héroe, general, conspirador, caudillo, dictador.

Hasta ese momento, cuando andamos por la página 250, la agilidad de la escritura consigue mantener sin caída la atención del lector. Franco es un niño solitario, incapaz de ganar el afecto y la estima de su padre, que por lo demás abandona a su madre: sólo aquí había ya un filón para dibujar una personalidad fría, despegada; un filón para hacer psicoanálisis *amateur*. Preston no incurre en la fácil tentación y acompaña rápidamente a ese chico solitario, de físico poco propicio para devenir héroe, en su carrera militar, porque la clave de esta biografía no es el psicoanálisis, sino el análisis de las situaciones en las que Franco actúa: la acción del sujeto en sus diferentes contextos, más que los eventuales traumas de su infancia, es lo que va configurando su personalidad.

De ahí la importancia que para el futuro tiene la práctica del mando militar en un espacio tan definido como el norte de Africa, al frente de unidades como las de la Legión, en una guerra de tipo colonial como la de Marruecos. En ese marco es donde Franco aprende a imponer su voluntad sobre hombres más fuertes, donde percibe la función ejemplar del terror y se acostumbra a la bestialidad de sus tropas. Rasgos fundamentales para edificar sobre ellos la personalidad del joven general que, si reservado, es hombre de acción, con gusto por la guerra.

Un nuevo Franco, el que se construirá una personalidad de «gallego arquetípico», de hombre lento, astuto, opaco, vendrá luego, con la República, cuando tenga que aprender a vivir en desgracia o en relativa marginación. Y es ése, el personaje cauto, resentido por su postergación, capaz de jugar a la vez todas las cartas, el que tendrá ocasión de gustar de nuevo las mieles del mando, además de militar, político, cuando, tras ganarse la voluntad de Diego Hidalgo, se encargue de la «pacificación» de Asturias. Ese será el Franco que entre en una conspiración sin que sus colegas sepan a ciencia cierta si conspira con ellos o contra ellos, si saldrá o no de su cautela: el Franquito cuquito que va a lo suyito, el Franco maestro en el arte de la duplicidad.

En su primer tercio, la biografía depende casi por completo de memorias de los testigos o de afirmaciones del --o atribuidas al-- pro-

pio personaje, 10 que puede suscitar en ocasiones la pregunta sobre la certeza de talo cual sucedido o la solidez de talo cual tesis, como, por ejemplo, el anticomunismo como motor de la sublevación o la limpieza de la retaguardia como explicación de la lentitud de la guerra. Pero desde este momento, las fuentes se amplían con varias series de papeles diplomáticos, publicados o no. La biografía sufre entonces un perceptible cambio de ritmo y de contenido: en lugar de años, cada capítulo comienza a cubrir meses. La cronología estricta y el comentario a los papeles diplomáticos comienza a imponer su ley: mes a mes, y hasta día a día, Preston sigue los tratos de Franco con Hitler, Mussolini, las potencias aliadas y sus respectivos embajadores. Aquí, si el detalle es rico, el ritmo es moroso para un libro que abarca más de ochenta años de historia. El resultado es una evidente descompensación del espacio dedicado a las distintas etapas de la vida de Franco que sólo se justifica por el tipo de fuentes, por la relevancia internacional de la acción y porque la biografía está destinada a un público más sensible a cuestiones de política internacional.

El lector podía echar en falta, a estas alturas, un capítulo titulado «The making of a politician». Preston no lo titula así, pero la última de las superficies de su personaje aparece ahora, cuando aprende, de nuevo con la práctica, el precio de cada cual y juega admirablemente con la debilidad de cada uno. Hasta aquí, el político había aparecido de manera algo esquemática: dividir y vencer, como en sus tratos con jefes de tribu. Ahora tiene que tratar a grupos políticos como Falange y los monárquicos, a instituciones como el ejército o la Iglesia. Los momentos de exaltación por el inminente triunfo del Eje, magníficamente reconstruidos y ampliados más allá del nombramiento de Jordana, se convertirán después en administración del poder, al que en ningún caso está dispuesto a renunciar. Preston culmina la construcción de la personalidad de Franco añadiendo a los rasgos anteriores la sabiduría del político que equilibra con una especie de innato conocimiento de las personas el peso de cada fracción de la coalición vencedora para asegurar su permanencia en el poder.

Construido el personaje, terminada la guerra en Europa, desvanecidos los propósitos imperiales, amansada la Falange, fiel y sometida la Iglesia, garantizada la disciplina del Ejército, la siguiente historia es la de una imperturbable resistencia a las presiones para ceder la jefatura del Estado. De nuevo, hasta 1950, la atención priori-

taria se dedica a cuestiones de índole internacional con algunas anotaciones sobre los problemas internos, que quedan muy someramente indicados. De las conferencias de Yalta y Postdam hasta la firma de los acuerdos con Estados Unidos, Preston ofrece las claves que permiten entender la supervivencia del héroe sitiado. Africa es otra vez su inspiración: hacerse fuerte y resistir el sitio; de aquí sólo saldré al cementerio; de aquí sólo me sacarán con los pies por delante. y de Africa otra vez la lección: a mal tiempo, buena cara. Los emisarios de las tres potencias se desesperan y desconciertan ante la suave sonrisa y el débil tono de voz con los que Franco les niega su pasada vinculación con el Eje y les asegura su buena disposición hacia las potencias aliadas. Con poco más que algunos refranes y una buena dosis de esa habilidad tan característica que consiste en mentir sin que tiemble ningún músculo de la cara, Franco ve pasar por encima de su cabeza todas las tormentas seguro de que escampará algún día.

Cuando por fin cesa la lluvia, la biografía adquiere una velocidad que irá en aumento hasta el punto de que a los últimos quince años de vida se dedican menos de cien páginas. Es cierto que, a estas alturas, Franco está más que hecho y que su función parece reducirse a la de un Jefe de Estado ceremonial que arbitra desde las alturas las luchas por el poder entre las distintas facciones de la coalición gobernante. Franco, dice Preston, preside desde 1960 una máquina cuyo funcionamiento interno era un misterio para él. ¡Pero aún le quedaban quince años al frente de esa máquina! Y no años cualesquiera, sino precisamente los de la gran transformación económica y social. Tal vez si hubiera dispuesto para esta parte de papeles tan numerosos como para las relaciones internacionales habría podido penetrar más en el papel personal de Franco en la vida interna del régimen.

Niño solitario; joven militar, célebre por su sangre fría; reservado, pero hombre de acción; brutal, lento, astuto, opaco; intoxicado por el gusto del poder; conspirador que se guarda las espaldas; estrategia colonial en una guerra civil; entusiasta de nazis y fascistas; artista en el arte de la duplicidad; capaz de resistir todos los sitios, de disolver todas las conjuras; maestro en el conocimiento del precio de los hombres: un retrato de Franco hostil, sin duda, pero en modo alguno sumario ni esquemático. Preston ha sabido penetrar en los entresijos de una personalidad compleja y explorar las cambiantes cir-

cunstancias que le permitieron mantenerse para siempre en la jefatura del Estado.

Santos Juliá

RUIZ, DAVID (dir.): *Historia de Comisiones Obreras (1958-1988)*, Siglo XXI, Madrid, 1993, pp. 540.

Los estudios que han pretendido analizar el fenómeno del cambio político operado en España desde 1975 han puesto de manifiesto diversas interpretaciones sobre el mismo, en parte derivadas de la diferente consideración acerca del papel desempeñado por las condiciones económicas y sociales en el devenir del proceso.

Una vez ultimada la transición política a partir del inicio mismo del desarrollo de la consolidación democrática, arrancando de planteamientos cercanos a presupuestos funcionalistas, hemos ido conociendo varios trabajos, que con claras motivaciones políticas enfatizan el desarrollo económico como factor decisivo del cambio político, llegando a insinuar en algunos casos que los tecnócratas de la dictadura acabaron siendo los verdaderos artífices de la democracia. En sentido contrario, rebajan considerablemente la importancia de los distintos agentes sociales y políticos que ayudaron a agudizar la crisis del franquismo y a alumbrar el nuevo régimen. Olvidan que la coexistencia de determinados factores de tipo económico, social y político en la sociedad española de los años setenta no implicaba necesariamente que se diera entre ellos una relación causal genética.

Así las cosas, no puede admitirse tampoco una explicación de carácter unilateral que haga pilotar el análisis del cambio político, casi en exclusiva, sobre la lucha de la oposición antifranquista; pero parece claro para un amplio sector de estudiosos que ella contribuyó de forma relevante a dinamizar tal proceso y en alguna medida a dotarle de contenido, a pesar de que no fuera capaz de dirigirlo directamente.

Profundizando en esta línea explicativa, la reciente publicación de la obra colectiva, dirigida por el profesor David Ruiz, *Historia de Comisiones Obreras (1958-1988)* parece una oportuna y apreciable novedad editorial. Salvo los dos primeros estudios no relacionados directamente con la central, pero que le sirven de marco de referencia, centrados en el examen del sindicalismo oficial (Sánchez López y Ni-

colás Marfín) y en los problemas de articulación de un movimiento obrero en las dos décadas posbélicas (Ruiz), y el último texto, en el que se plantea una visión general sobre el sindicato en los años de transición y la consolidación democráticas (Soto Carmona), en el resto del libro se aborda el análisis de Comisiones Obreras hasta 1978 con trabajos situados en ámbitos territoriales en su mayor parte localizados en diversas comunidades autónomas: Cataluña (Molinero, Tébar y Ysas), Euskadi (Ibarra Cüell y Carcía Marroquín), Asturias (Carcía Piñeiro y Erice Sebares), Madrid (Babiano y de Mingo), Andalucía (Morales Ruiz y Bernal), Galicia (Cómez Alén), País Valenciano (Soler y Saz), Zaragoza (Forcadell y Montero), Castilla y León (Carantona Alvarez y del Pozo), Castilla-La Mancha (Ortiz Heras y Sánchez Sánchez), Extremadura (Sánchez Marroyo) y Baleares (Cinard i Ferón).

El libro aborda un tema de gran trascendencia para comprender el período en el que se fija, dado el peso alcanzado por Comisiones Obreras en la sociedad española. Hay que tener presente, como indican Forcadell y Montero, que la emergencia de Comisiones Obreras a partir de finales de los cincuenta al compás del desarrollo económico se produce en el marco de la formación de la clase obrera española como clase nacional. Comisiones Obreras, que nace como movimiento reivindicativo, adquiere muy pronto dimensión política dado el carácter represivo del franquismo y se convierte en un movimiento sociopolítico plural, en el que comunistas y cristianos tienen una presencia destacada, que con el transcurrir del tiempo se decanta a favor de los primeros, alcanzando un mayor protagonismo en los órganos de dirección. Comisiones Obreras llegará a ser el movimiento de masas más fuerte en la lucha contra la dictadura, propiciando la incipiente reconstrucción de la sociedad civil, y será el sindicato más votado en las primeras elecciones sindicales de 1978, una vez que su proyecto de creación de una Central Sindical Unitaria se vengano abajo en los momentos iniciales de la transición política. Aunque en algunas elecciones posteriores fue superado por UCT, siguió siendo la organización con mayor capacidad de movilización social.

La tardía, lenta y flexible articulación interna de Comisiones Obreras hasta mediados de 1976 no excluyó la formación, aunque con dificultades, de una dinámica general para toda España basada en una estrategia relativamente común, al tiempo que se generaban procesos autónomos en espacios más reducidos. La lectura del libro

permite conocer ambos niveles de desarrollo del sindicato, aunque el examen de su dimensión nacional hasta la fecha indicada queda menos perfilada, respondiendo en cierta medida a lo que fue su realidad cotidiana en esos años. Con todo, la incorporación de un nuevo trabajo que atendiera a la evolución global de Comisiones Obreras hasta el momento en que se estudia su historia en la transición y la consolidación democráticas hubiera permitido presentar una panorámica más completa. En contrapartida, el análisis regional muestra satisfactoriamente la gran riqueza que contenía este movimiento sociopolítico y la variedad de elementos y situaciones que en él se conjuntaron.

Este libro puede considerarse hasta el momento como la aportación de conjunto más notable para la comprensión de la historia de Comisiones Obreras y, sin duda, será marco de referencia obligado para futuras investigaciones. Incorpora anteriores trabajos de historiadores, en algunos casos autores de esta obra, profesionales del Derecho del trabajo y sociólogos y se fundamenta además en numerosas fuentes internas generadas por el sindicato y depositadas en el Archivo Histórico de Comisiones Obreras, de la Fundación Primero de Mayo de Madrid o en la red de archivos históricos de la central ubicados en diversas ciudades españolas. Será, no obstante, necesario recuperar otras muchas fuentes que permitan avanzar en la reconstrucción de la evolución del sindicato, sin abandonar la profundización en los problemas que su propia dinámica genera. En especial, debe ahondarse en el conocimiento de su compleja relación con el Sindicato Vertical y en el papel jugado en la creación y afianzamiento del nuevo sistema de relaciones laborales.

Manuel Redero San Román

CARDESÍN, JOSÉ MARÍA: *Tierra, trabajo y reproducción social en una aldea gallega (siglos XVIII-XX): Muerte de unos, vida de otros*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, 1992, 374 pp.

En el año de los «grandes acontecimientos» está fechado este libro, que sin embargo ha llegado a las librerías en el 93. Lo último lo convierte en una novedad reciente. Lo primero está más de acuerdo con su valor, porque de acontecimiento cabe calificar la elaboración por un español de un trabajo de antropología social, en el que la his-

toria es algo más que una introducción ritual, o de un trabajo de historia que aplica los métodos y determinadas redes conceptuales de la antropología, de una obra, en suma, que más allá de los estrechos límites disciplinares, combina un estudio microhistórico riguroso con la ambición teórica de las ciencias sociales. Combinación y no yuxtaposición, puesto que Cardesín se plantea como cuestión central el despliegue de las dificultades que presenta la conciliación de los conceptos estáticos, estructurales, con la práctica social, con el cambio histórico. La «modernización» o la «crisis de la sociedad tradicional», procesos que van hacia una estructura final o vienen de una estructura original, no se acomodan a una realidad en constante evolución, que podemos aprehender pero no sustituir por medio de nuestros artefactos conceptuales.

Como el propio autor señala, el lugar de su investigación —no su objeto— es la parroquia de San Martiño, en el municipio gallego de Castro de Rei. En ese espacio se parte del análisis de las estructuras productivas actuales, para ir hacia atrás en el tiempo, identificando su desarrollo desde otras estructuras sociales y económicas, las creadas a partir de la revolución liberal, sobre la base de la transformación de la agricultura local a finales del Antiguo Régimen. Los ejes temporales son la actualidad entendida en sentido amplio, la segunda mitad del XVIII y la segunda mitad del XIX (prolongada en algunos aspectos hasta el siglo XX anterior a la Guerra Civil). Estos momentos son los ejes de la organización de *Tierra, trabajo y reproducción...* en tres bloques.

El primero está dedicado a los recursos y estrategias de la producción en el San Martiño de 1988, estrategias que se consideran subordinadas a la global de reproducción de las casas campesinas, y en concreto al momento del ciclo de desarrollo en que se encuentren las familias que las administran. Las transformaciones globales de la estructura agraria y de las técnicas empleadas, condicionadas unas y otras por los efectivos demográficos de la parroquia, y el abandono o auge de las casas, son analizados desde el prisma del punto de llegada. Hay un uso utilitario de procesos significativos de la posguerra, pero no un estudio sistemático que desemboque en el presente.

El segundo bloque analiza la estructura agraria y la organización de la comunidad a finales del siglo XIX y a mediados del XVIII, para desvelar desde esos dos cortes las grandes tendencias de cambio: la evolución de la producción agropecuaria y los usos del terrazgo y del

monte, y los conflictos surgidos alrededor de las mismas. Una revisión final de lo ocurrido con los distintos espacios productivos tras la Guerra Civil precede a la presentación de la tesis del elevado grado de autonomía de los grupos agrarios locales en el terreno de la apropiación y gestión del espacio rural a lo largo de los siglos XIX y XX: no hay «una evolución lineal orientada a su categorización como propiedad privada individual y absoluta, evolución dirigida por fuerzas exteriores a la comunidad campesina». Las medidas políticas plasmadas en la «cultura letrada» –**I**a desamortización, la supresión de las derrotas...– ofrecen las vías para dar forma a los distintos proyectos, enfrentados entre sí, de cada «casa». Son, por tanto, un recurso dentro de la estrategia de las casas, distribuido desigualmente entre miembros desiguales de una colectividad. Es, por último, esa colectividad, definida como comunidad y como sujeto desde fuera de la misma, la que se convierte en objeto de reflexión por parte de Cardesín. Desigualdad y transformación dinámica, no lineal, son las notas que, de hecho, caracterizan a las «comunidades empíricas», al sistema de relaciones sociales desarrollado sobre un espacio. El significante permanece constante pero no su significado, como ocurre con la propiedad y con otros conceptos jurídicos: de ahí que no se pueda hablar de un comportamiento de la comunidad campesina frente a determinadas fenómenos globales, sino de comportamientos, tantos como correlaciones de fuerzas entre los proyectos reproductivos definidos ante su presencia.

El tercer bloque estudia la propiedad, la renta y la estructura social de San Martiño a mediados del XVIII y sus alteraciones a lo largo del siglo XIX, en buena medida asociadas a la explotación de las posibilidades y limitaciones que impone el nuevo Estado liberal. El estudio de la propiedad y los contratos de cesión de tierras revela la extensión del foro en sustitución de los arrendamientos en la primera mitad del siglo XIX, solución que a su vez traduce la fuerza de la posición de los vecinos frente a los perceptores de rentas foráneas. El aforamiento es el primer paso hacia la liberación del campesinado de la renta y el inicio del fin de la *fidalgua*. Paralelamente se asiste a una progresiva reordenación social de las casas, en la que el patrimonio acumulado y la posición en las redes de relaciones locales y supralocales (unas veces el primero como base de las segundas; en otras, a la inversa) son los elementos decisivos de promoción y conservación de posiciones de los campesinos medios, los labradores. Evi-

tar la fragmentación del patrimonio, legándose al hijo que «casa en casa», es la regla crítica, que asegura la supervivencia de la casa, pero que al tiempo alimenta a los grupos sociales de *caseiros* (colonos) y al de *camareiras* (madres solteras), y pone en marcha la emigración.

Por último, un amplio capítulo de conclusiones sistematiza las aportaciones teóricas del libro, que, como el autor pretende, desborda sin extrapolaciones forzadas su *locus*. En primer lugar la revisión de la naturaleza de la adaptación de los campesinos a los cambios en el mercado y en la política estatal, a los que se hallan subordinados, tanto en el plano material y jurídico cuanto en el de los conocimientos. La adaptación supone en muchos casos innovación y, por tanto, movilidad social en función de la capacidad de ser innovador (a su vez dependiente de la situación coyuntural de cada grupo doméstico, de sus recursos y de sus estrategias), y en otros, reinterpretación de los conceptos y reclasificación de las relaciones sociales existentes, para lograr su supervivencia en el nuevo orden de cosas. Ahora bien, el vino viejo que entra en los odres nuevos lo hace de forma colectiva, heterogénea y desigual, y por ende su trasvase no puede dejar de afectarle.

Rico en reflexión y generoso en sus referencias teóricas, el libro de Cardesín ofrece un amplio material para el debate sobre toda una amplia gama de temas centrales en la historia agraria y en los estudios rurales. Y, de lo general a lo específico, su seguimiento de las relaciones sociales de San Martiño proporciona ilustraciones concretas a la vez que claves nuevas para la historia de la Galicia contemporánea.

En el pasivo de la obra de Cardesín no se pueden contar tantos elementos. Uno es la desigual profundidad y amplitud con la que se trata cada período. La jerarquización de los contenidos exige el abandono de la exhaustividad en beneficio de la relevancia, pero no creo que queden plenamente justificadas las lagunas: en concreto el primer bloque (la historia inmediata) es ostensiblemente menos rico en información e interpretación que los siguientes. El segundo elemento del pasivo es, dede mi perspectiva, una cierta tendencia al empleo excesivo de neologismos —no todos ineludibles—, que sobrecargan algunas partes del libro y dificultan su lectura. No ayuda a hacerla más accesible la falta de traducción de las citas en francés y en gallego. Por último, no estoy totalmente seguro de que la inversión del orden cronológico sea útil para la exposición y, por tanto, para sus destina-

tarios. En cualquier caso, este simbólico escoramiento hacia la antropología no obsta para que *Tierra, trabajo y reproducción en una aldea gallega* sea un gran libro de historia.

Juan Pan-Montujo

BRADING, DAVID A.: *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla. 1492-1867*, F. C. E., México, 1992, 770 pp.

El autor estaba considerado como un especialista de la historia del México colonial, con alguna incursión hacia planteamientos que abarcaban toda América Latina. Su obra *Mineros y comerciantes en el México borbónico* ha sido, desde 1975, una referencia obligada para todos aquellos que se ocupaban del siglo XVIII latinoamericano. Su nuevo libro, *Orbe indiano*, es una obra excepcional: no sólo porque ofrece, como reza en la solapa del libro, «un gran mural» que muestra la búsqueda, por más de trescientos años, de una tradición y una voluntad de legitimar una identidad nacional, sino porque lo hace de otra manera, apartándose de un sistema analítico-descriptivo, buscando al personaje y su texto, encontrando los nudos que le permiten urdir el relato. En lugar de una historia tradicional por siglos o una narración fría y ordenada de sujetos históricos dignos de ser referidos como las instituciones o los grupos sociales, Brading ha elegido otra forma, que con una falta de rigor sólo aparente le permite una exposición mucho más viva y le posibilita introducir cuestiones que con otra dinámica se le escaparían. La elección de los nudos en torno a los cuales ha montado su relato es otro de los muchos aciertos que se pueden señalar en este libro; desde nuestro punto de vista, nada realmente importante ha quedado por contar, sin que ello signifique que cada una de las tesis suscitadas han sido agotadas.

Formalmente la obra está dividida en tres partes, cuyos límites son hitos en la evolución del pensamiento criollo. Cada una de ellas se compone de una serie de capítulos a modo de incisivos ensayos sobre todos los grandes cronistas y pensadores de la América colonial hispana. Esta estructura permite al lector una doble entrada, la búsqueda de un autor concreto, de cuya obra contextualizada encontrará un fino análisis, y, por otra parte, le ofrece la evolución de un pensamiento que, aun formando parte de la cultura de la Monarquía católica y presentando, por tanto, de forma trabada con ella a perso-

najes y acontecimientos, sin embargo acabó por generar «una tradición intelectual que, por razón de su compromiso con la experiencia histórica y la realidad contemporánea de América, fue original, idiosincrásica, compleja y totalmente distinta de todo modelo europeo» (p. 15).

«Conquista e Imperio», primera parte de la obra, es un recorrido por los textos de los autores más relevantes del siglo XVI y principios del XVII. A través de ellos el autor pone de relieve los grandes debates que suscitó el desubrimiento del Nuevo Mundo: la condición jurídica del indio y la reflexión antropológica que la precedió, la justicia de la conquista y la distribución de la encomienda. Sin embargo, para el autor, en el debate entre Las Casas y Sepúlveda lo que estaba en juego no era la justificación de la conquista, sino algo más profundo. El tema crucial era el replanteamiento de las tesis aristotélicas. Cronistas y conquistadores, con sus diferentes puntos de vista, desfilaron ante nuestra mirada, destacando sobre todos ellos, como contrapunto, la figura y obra del Padre Las Casas. La aportación más interesante de Brading en esta primera parte es el análisis del origen y afianzamiento de una tradición imperial en el modo de contar la historia del Nuevo Mundo y los mitos que la sustentaban: el papel providencial de la Monarquía católica y la tiranía ejercida por los Imperios azteca e inca. Dicha tradición conoció un amplio desarrollo durante la época del Virrey Toledo. El Padre Acosta y Juan de Solórzano se cuentan entre sus exponentes, y a ellos dedica el autor excelentes capítulos. El punto culminante de esta escuela imperial, según el autor, lo representan las *Décadas* de Herrera, que acaban por asumir en ella al propio Las Casas al marcar diferencias entre el papel de los conquistadores y el de la Corona.

Con el sugerente título de «Peregrinos en su propia tierra», y partiendo de la obra del inca Garcilaso, Brading despliega ante nosotros y analiza la obra de una serie de autores, la mayor parte de ellos criollos, cuyo nexo de unión es la reivindicación de su patria. Dos temas habían provocado, ya en la segunda mitad del siglo XVI, una serie de reflexiones sobre la sociedad colonial y el papel de los criollos en ella: la perpetuidad de las encomiendas y las posibilidades que la Iglesia ofrecía a los descendientes de los conquistadores. Pero fue a principios del siglo XVII cuando surgió el patriotismo criollo, tema central de la obra. Los españoles nacidos en América, que se consideraban relegados por la Corona y por la Iglesia, articularon sus quejas y fue-

ron capaces de elaborar un pensamiento cada vez más autóctono, reafirmandose frente a los peninsulares recién llegados. Sus derechos nacían de la conquista y, para contrarrestar los mitos de la escuela imperial, recurrieron a la exaltación del pasado aborigen de forma no siempre coherente. Brading remarca las diferencias apreciables entre México y Perú, señalando una evolución distinta que evidencia experiencias diferentes. Las obras de Torquemada, Calancha, Fray Buenaventura de Salinas y Córdova, Sigüenza y Góngora y otros muchos generaron nuevos mitos; pero mientras los surgidos en México, como el de la Virgen de Guadalupe, tenían un contenido patriótico, las élites peruanas fueron incapaces de recrear imágenes que pudieran expresar su identidad.

Para el autor, el siglo XVIII representa el punto álgido en la elaboración de una tradición patriótica. La respuesta criolla a los ataques conjuntos de la dinastía borbónica, con su afán de «reconquistar» América, y a las interpretaciones de filósofos e historiadores ilustrados merece atención especial. La contextulización de las obras de W. Robertson y G. T. Raynal ofrecen un brillante resultado. «Reconquista y Revolución» le sirve de título para enmarcar los acontecimientos resultantes de la aceleración del ritmo reformador por Carlos III y el papel jugado por los criollos ante la crisis constitucional de la Monarquía. Lo más interesante, a nuestro entender, es cómo a través de los textos el autor nos presenta las secuencias que van desde la ruptura, por los propios ilustrados españoles, de los lazos que la Monarquía católica había establecido con sus Reinos de Indias hasta el nacimiento de la insurgencia en nombre de aquellas viejas ideas, ahora al servicio de los patriotas y recuperando el pasado aborigen como fuente de legitimación.

El capítulo dedicado al «héroe republicano» es la exposición del alcance y límites del republicanismo bolivariano. Bolívar en su *Carta de Jamaica* «marcó el momento en que los temas habituales del patriotismo criollo se convirtieron en una afirmación de republicanismo clásico»; un concepto de republicanismo basado en la virtud y la moral cívicas, en lugar de un discurso apoyado en los derechos (p. 657). Esta perspectiva republicana difería de otras reformulaciones del patriotismo criollo y marcaba una profunda diferencia con la insurgencia mexicana, aunque, según el autor, fue en la Nueva España donde el patriotismo criollo se convirtió en ideología política.

Alcanzado este punto y convocados estos temas, el libro no deja de rememorar en el lector una identificable tradición historiográfica

y ciertos materiales de la llamada «Escuela de Cambridge», algunos de cuyos componentes son citados por el autor en el Prólogo. Nos referimos a *The Machiavellian Moment*, de I. G. A. Pocock (1975), y a *The Foundations of Modern Political Thought*, de Q. Skinner. También si de recordatorio se trata, la obra conecta en cierta manera con los trabajos de A. Pagden. *Orbe indiano* será, en nuestra opinión, un jalón de referencia obligada en la historiografía del mundo hispánico para cualquier interesado en los principios de la vida intelectual hispanoamericana.

María Pilar Pérez Cantó

TORRES RIVAS, EDELBERTO; CARMACK, ROBERT M.; PINTO S., JULIO CÉSAR; PÉREZ BRIGNOLI, HÉCTOR, y ACUÑA O., VÍCTOR HUGO (editores): *Historia General de Centroamérica*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sociedad Estatal Quinto Centenario' Comunidades Europeas, 6 vols., Madrid, 1993.

La insistencia de los editores en considerar esta obra colectiva como un «compendio global», una «síntesis», «una reflexión general» o «una historia de Centroamérica y no un estudio yuxtapuesto del pasado de cinco países» es significativa. Primero, porque se recuerda que no hay una obra similar desde hace un siglo, aunque hubo algunas de alcance modesto. Segundo, y más importante aún, es que la obra se pensó como una historia de la región.

El problema no es sencillo, pues obliga a la síntesis regional, la cual diluye en gran medida las intenciones nacionales. Tampoco se reduce a la simple óptica de los países desarrollados que organizan su visión mundial en función de sistemas de bloques y regiones, a despecho de la heterogeneidad que pueden presentar. En definitiva, es posible retomar la centralidad de la región, tanto en la visión de su pasado, en su presente y, por qué no, en la elaboración de un discurso posible para el futuro.

La obra está dividida en seis tomos, cada uno de los cuales corresponde a un período particular que, partiendo de una amplitud temporal, se va reduciendo según se delimitan procesos y tiempos con mayor propiedad. La misma fue elaborada por 34 especialistas, tanto centroamericanos como de fuera de la región. Temporalmente abarca desde la historia antigua con sus tiempos imprecisos hasta

1990-91, años que quizás representen un corte en la historia de la región. Aunque los editores insistieron en ese marco **regional**, no pretendieron imponer uniformidad en el texto. Como obra colectiva presenta acuerdos generales; sin embargo, los métodos, las hipótesis y los enfoques son **plurales**, lo que evidencia un interesante estado de la cuestión de la historia centroamericana. Tal decisión aumenta su importancia.

Tras los volúmenes I y II, dedicados a la historia antigua y al régimen colonial, el tomo III (*De la Ilustración al liberalismo, 1750-1870*) se basa en el supuesto de una continuidad en el período, a pesar del cúmulo de cambios. En efecto, se inicia con las reformas borbónicas, los constantes cambios del mercado internacional, la influencia externa en la ruptura de la independencia, la espiral de conflictos internos en búsqueda y rechazo de la construcción de un orden, el reconocimiento de los imperativos geoestratégicos. Pero en el maremágnum de tales procesos hubo más «adaptaciones y regresiones que verdaderas revoluciones». En definitiva, es ese nuevo y contradictorio paso hacia la fuerza centrípeta de la mundialización del capitalismo y hacia la secularización de las concepciones de vida.

En este período la influencia externa busca imponer una nueva racionalidad, pero en el interior de Centroamérica ese proceso necesariamente es lento y difícil, pues expresa con claridad la brecha entre los ideales retóricos de los que piensan transformar, el conocimiento de la causa tradicional de quienes prefieren la moderación y la vida de una sociedad que aún no imagina la modernidad. En el marco de esa continuidad, la sociedad se transforma en el predominio del mundo ladino, y de la colonia se pasa a la construcción de los Estados, primero unidos y luego fragmentados.

Del ímpetu borbónico a la independencia, y más allá a la guerra civil y la dificultad de representar la «nación» centroamericana, se retorna al ritmo de la adaptación conservadora que, como dos autores con sentido polémico esbozan, fue no necesariamente regresiva.

El período analizado en el tomo IV (*Las repúblicas agroexportadoras, 1870-1945*) ha sido el predilecto de la historiografía centroamericana. No es para menos cuando ha estado ligado a la formación de la idea de la «nación». Los principales héroes y procesos nacionales fueron ritualizados sobre la base del triunfo liberal. Asimismo, fue el período de consolidación del Estado y, sobre todo, del vínculo definitivo de las economías en el mercado mundial. Los paí-

ses centroamericanos sellaron la bifurcación de sus propias vidas.

Los autores subdividen el período en dos momentos. El primero es exitoso (1870-1930) y al que propiamente podemos llamar liberal. Este supuso el triunfo de la transformación agrícola con base en los dos productos mágicos: el café y el banano. Los sistemas políticos y el Estado liberal caudillista, reñido con la retórica democrática-a excepción de Costa Rica-, expresan las intenciones de su propia consolidación. La influencia externa se hace sentir como presión y está inmersa en la definición progresiva de dominio del coloso del norte, Estados Unidos. Pero esa determinación externa y las consolidaciones internas motivan no sólo una adaptación de las sociedades a los cambios que se producen, sino también al juego de los países de la región en el mundo de las relaciones internacionales e intercentromericanas.

El segundo período (1930-1945) es de crisis, de dictaduras y de constricción de unas fuerzas exportadoras que ya habían perdido su vitalidad. Pero el período también señala la presencia de masas y la búsqueda de alternativas. El rechazo del liberalismo como política y la antesala del reformismo.

Los autores del tomo V (*De la posguerra a la crisis, 1945-1979*) señalan que en este período el crecimiento económico selectivo y la exclusión política caminaron de la mano. El crecimiento se apoyó en un esfuerzo por modernizar la infraestructura, diversificar las actividades económicas y formar un nuevo empresario. El interés por ese crecimiento fue motivado por el nuevo papel intervencionista otorgado al Estado, quien dividió el marco de la sustitución de importaciones apoyado en el proceso de industrialización y en el mercado común centroamericano.

Años después fue posible ver cómo habían crecido las clases medias y se había abierto una puerta a los sectores subalternos en el consumo, pero a costa de que la transformación productiva se hizo constriñendo el desarrollo social. Los beneficios al conjunto de la sociedad sólo llegaron por vías intermedias. La modernización se hizo postergando el sueño del período anterior: la necesaria reforma y la democratización. La presencia hegemónica de Estados Unidos impuso, con el anticomunismo, un estrecho margen al campo de acción de las reformas: y la vieja práctica de exclusión política amplió aún más esas restricciones.

El sueño del crecimiento pronto presentó sus límites y la década de los setenta señaló el inicio de una crisis que estalló por su punto

más débil: la política. Una época de guerras y conflictos sociales cubrió a la región, de nuevo con la excepción de Costa Rica. El período culmina con el triunfo sandinista y la caída del dictador Somoza. Se abrían así nuevas esperanzas a contrapelo de cortar los hilos de la estabilidad norteamericana. Mas en el fondo también se había abierto otra disensión social, que no está ligada sólo a la falta de participación política, sino a una exclusión secular y multidimensional: la del indígena.

Por fin, el período que abarca el tomo VI y último (*Historia inmediata*, 1979-1991) no ha sido un período feliz. La guerra y la crisis se convirtieron en el signo de los tiempos. Para los autores, la evaluación de esa época es aún imprecisa y está marcada por cierta visión negativa que la considera una década perdida.

La esperanza de cambios sociales pronto presentó sus límites. Tanto el peso de la presión norteamericana, quien puso a la región en la agenda de un conflicto de dimensiones que no le competían, como los límites internos señalaron que el rango de lo posible no había sido bien calculado. Al final, la estrechez de las exclusiones políticas ha venido siendo acortada por una mayor participación bajo una vía conservadora que se supone democrática: las elecciones y la búsqueda de la legalización, bajo pactos políticos débiles, y en algunos casos inconclusos o que claramente señalan la incomodidad por admitir la participación de fuerzas sociales y políticas consideradas tradicionalmente inaceptables.

Al mismo tiempo, las tendencias económicas y sociales implican nuevas exclusiones. Hoy día, la orientación económica retoma la vieja estrategia de integración en el mercado mundial: pero el Estado ya no puede jugar el papel motriz y la región se integra, más obligada que por voluntad, con un sentido pragmático en fortalecer su capacidad de exportación. Lo cierto es que la sociedad centroamericana es bastante distinta de la del período inmediato anterior. ¿Pero lo es así al compararla con mayores espacios temporales? En todo caso, los autores no cierran la puerta a las esperanzas.

Luis Pedro Taracena